

Liturgia Viva



Mn. Gerardo Soler Quintillá

Liturgia Viva

Mn. Gerardo Soler Quintillá

© Gerardo Soler Quintillá

© Pel que fa a les il·lustracions de Victor P. Pallarés
Museu de Lleida Diocesà i Comarcal

Impreso en la Impremta Miró de Lleida

Primera Edición, Noviembre 2012

DL: L 1437-2012



Introducción

Vivimos momentos difíciles, nos movemos en medio de un ambiente que respira aires contrarios a la manera de pensar y actuar de Cristo. Pero este es el momento de la historia que nos toca vivir, y lo hemos de vivir con un gozo profundo. Es el gozo que nace de una espiritualidad también profunda y seria. Y esta es la “novedad”, que gratuitamente aportamos a nuestra sociedad.

No hay duda que muchos cristianos piensan que en la Iglesia hay diferentes “espiritualidades”, y es verdad. Pero desconocen que la Iglesia tiene su propia ESPIRITUALIDAD.

La Iglesia es rica en carismas, en regalos, en dones del Espíritu Santo. Tantos santos y santas que han dejado en las Comunidades que fundaron o en sus seguidores, aspectos concretos y diferentes de la vida de Jesús. En esta hora de la Iglesia, han nacido movimientos eclesiales o grupos con su “espiritualidad” peculiar. Y esto es una riqueza.

Pero todas las “espiritualidades” que han nacido o nacen dentro de la Iglesia, han de vivir la ESPIRITUALIDAD propia de la Iglesia, que es la que brota de la celebración de “la obra salvífica de su divino Esposo”. Y esto lo hace “en días determinados a través del año” (SC 102). El Año litúrgico es la ESPIRITUALIDAD de la Iglesia. El Año litúrgico no recuerda unas ideologías más o menos de moda. Celebramos la “obra salvífica” de Cristo Resucitado y Glorioso, Esposo de la Iglesia. Espiritualidad transformadora de cada persona, y que se vive según el color del carisma recibido.

Nuestra espiritualidad tiene como centro la Resurrección del Señor y como consecuencia lógica, la Palabra del Resucitado es fundamental para una seria espiritualidad cristiana. El Espíritu Santo recibido en el Bautismo y la Confirmación, nos da capacidad para escuchar, meditar, vivir y anunciar la Palabra.

El gozo, la alegría, son signos de la experiencia profunda de Cristo Resucitado. De ahí que el cristiano vive una espiritualidad gozosa.

La vida del cristiano es vida litúrgica, porque todo lo que el cristiano vive lo recibe y lo experimenta en la celebración. Y toda la Liturgia es celebración de Cristo Resucitado.

María, Madre de Jesús, unida indisolublemente a su Hijo es contemplada junto a Él a lo largo del Año Litúrgico, y es modelo de cómo la Iglesia celebra y vive a su Señor.

En estas reflexiones o escritos, publicados primero en el “Full Dominical” del obispado de Lleida, posteriormente en la web www.beatofranciscocastello.com, enviados por correo electrónico a muchas personas conocidas y expuestos a tantos grupos y comunidades; intento de manera resumida explicar que todo lo que celebramos es Liturgia Viva, que da vida y gozo, porque es verdad lo que dice el Concilio Vaticano II: “La Liturgia es la cumbre a la cual tiende toda la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuentes de donde mana todo” (SC 10).

Gerardo Soler Quintillá
gerardos@telefonica.net



Víctor Pérez Pallarès, las Bodas de Caná de Galilea, 1998. Detalle de la pintura mural del presbiterio de la parroquia de Ntra. Sra. del Carmen de Lleida.

Cuaresma, camino de conversión a la luz de la Palabra de Dios:

La Cuaresma empieza el miércoles de ceniza y concluye el Jueves Santo por la tarde antes de la Misa vespertina de la Cena del Señor, con la que se inaugura el Triduo Pascual. El símbolo bíblico del número cuarenta: cuarenta días del diluvio antes de la Alianza con Noé; cuarenta días de Moisés con el Señor en el Sinaí; cuarenta años del pueblo de Israel en el desierto; Elías que camina cuarenta días hacia el monte del encuentro de Dios, y cuarenta días de Jesús en el desierto antes de empezar su predicación evangélica. El miércoles de ceniza, se realiza el gesto simbólico de la imposición de la ceniza en la frente, como signo de conversión e inicio del camino hacia la Pascua. Mientras se impone la ceniza se puede decir: “Convertíos y creed el Evangelio” o “Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás”. La ceniza es fruto de la cremación de las palmeras y olivos del año pasado. A lo largo de la Cuaresma escuchamos la Palabra de Dios que nos dirá que hemos de pensar y actuar como Jesús. Esa es la verdadera conversión.

Cuaresma, ciclo A

La gran reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, ha sido poner tanta Palabra de Dios en manos del pueblo de Dios y en sus lenguas. Nunca, en toda la historia de la Iglesia, ha habido unos Leccionarios tan ricos y abundantes de Palabra de Dios. La Iglesia para que llegue más la Palabra de Dios, los Domingos, la ha distribuido en tres ciclos: A, B, C. En las lecturas de los Domingos de Cuaresma del ciclo A, que este año nos toca, encontramos los textos que ya en el siglo IV se proclamaban como preparación inmediata de los catecúmenos que serían bautizados en la Vigilia pascual. El Domingo 1º (*Mt 4,1- 11*), las tentaciones de Jesús: modelo del bautizado, tentado pero que vence la tentación. Domingo 2º (*Mt 17,1-9*), la Transfiguración: el Bautismo nos transfigura, nos hace hijos en el Hijo. Domingo 3º (*Jn 4,5-42*), la Samaritana: el agua que libera de toda sed y el culto

nuevo. Domingo 4º (*Jn 9,1-41*), el ciego de nacimiento: el Bautismo nos hace ver con ojos nuevos. Domingo 5º (*Jn 11,1-45*), la resurrección de Lázaro: anticipo de la Resurrección de Jesús, el Bautismo nos hace vivir una vida nueva.

Ayuno y abstinencia

En la Palabra de Dios encontramos que el ayuno puede ser señal de penitencia, de expiación de los pecados, de oración intensa o voluntad firme de conseguir algo. Otras veces subraya la preparación para un acontecimiento importante, como en los cuarenta días de Moisés en el Sinaí o de Elías en el desierto o de Jesús antes de empezar su misión. A finales del siglo I, la *Didaché* ya habla del sentido de preparación y de culto del ayuno cuando lo prescribe para el que ha de bautizarse (adultos), durante uno o dos días, y lo recomienda al ministro y a los que le acompañan. Es en la Cuaresma, desde el siglo IV, cuando más sentido ha tenido para los cristianos el ayuno como privación voluntaria de la comida: hacer al día una sola comida fuerte en días determinados. El ayuno, junto con la oración y la caridad, son, desde muy antiguo, una práctica cuaresmal como signo de una conversión interior a los valores fundamentales del Evangelio y una relativización de otros valores materiales. Actualmente nos abstenemos de comer carne todos los viernes de cuaresma que no coincidan con alguna solemnidad. Hacemos abstinencia y además ayuno el Miércoles de ceniza y el Viernes santo.

El sacramento de la Misericordia del Padre o confesión

Decimos sacramento de la Penitencia, de la Reconciliación, de la Confesión. La “penitencia” es una parte del sacramento; algunas personas son muy buenas y no “rompen” con el Señor para reconciliarse con Él; la “confesión” es también una parte del sacramento, decir los pecados al confesor. Pero todos los que celebramos este sacramento, sean muy santos o muy pecadores,

experimentamos la Misericordia del Padre. El sentirnos llevados a hombros del Buen Pastor; la alegría del Padre por el pecador que se convierte y el Padre que hace una fiesta porque ha encontrado al hijo perdido. A este sacramento se le ha llamado también el segundo Bautismo: se ha perdido la vida nueva del primer Bautismo y la recuperamos en este sacramento de la Misericordia del Padre o confesión. Es un regalo de Cristo Resucitado a su Iglesia el día de la Resurrección: *“Al anochecer de aquel día primero de la semana... ¡Paz a vosotros! a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados...”* (Jn 20,19-23). La celebración de este sacramento, el confesarnos bien nos ayuda en este camino de conversión gozosa hacia la Pascua, que es la Cuaresma.

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

El próximo Domingo comienza la Semana Santa con “el Domingo de Ramos en la Pasión del Señor”, o “Domingo de la Pasión del Señor o de Ramos”. Se conmemora la entrada del Señor en Jerusalén y la solemne proclamación

de la Pasión. En la procesión de entrada se subraya que ha llegado ya “la hora” de que Jesús, como Mesías y Siervo, entre en Jerusalén y pase, “pascua”, por la pasión-muerte-resurrección, para salvar a la humanidad. La comunidad cristiana, con cantos de aclamación a Jesús, el Mesías, y agitando palmas, profesa su fe en que la cruz y la muerte de Cristo son una victoria. El color rojo de las vestiduras de este día nos muestra la muerte del Mártir, Jesús, y su Victoria. La proclamación del Evangelio de la



Pasión es otra característica de este domingo. Desde antiguo se adoptó la costumbre de que la proclamación del Evangelio de la Pasión del Señor, la hicieran tres lectores distintos: el que hace de Jesús, el que actúa de cronista y el que personifica los demás interlocutores de la pasión. *“Señor, haz que el pueblo cristiano se apresure, con fe viva y entrega generosa, a celebrar las próximas fiestas pascales”*.

Triduo Pascual

“El Triduo santo pascual de la Pasión y Resurrección del Señor es el punto culminante de todo el Año litúrgico. La preeminencia que tiene el Domingo en la semana, la tiene la solemnidad de la Pascua en el Año litúrgico” (*Normas universales sobre el Año litúrgico y sobre el Calendario*, 18). Se empezó a preparar la celebración de este Domingo de Pascua con dos días de ayuno, el viernes y el sábado, dando origen al Triduo Pascual, del que dan testimonio escritores del s. III. San Agustín llama “Pascua de Cristo, muerto, sepultado y resucitado”, entendiendo como unitario el misterio de la Pascua. La Misa vespertina del Jueves Santo, de la Cena del Señor, es el prólogo o introducción al Triduo Pascual que acaba con las Vísperas del Domingo de Resurrección. Estos tres días son como un único día: el Viernes y el Sábado Santo no se celebra la Eucaristía, hasta que con la Vigilia Pascual se empieza ya la celebración del día tercero y definitivo. “El Viernes Santo de la Pasión del Señor y, según la oportunidad, también el Sábado Santo hasta la Vigilia Pascual, en todas partes se celebra el sagrado ayuno de Pascua” (*Normas universales...* 20).

La Vigilia Pascual, madre de todas las vigiliass (S.Agustín), modelo de toda celebración litúrgica

“No está aquí, HA RESUCITADO, como había dicho”. La proclamación de la Resurrección es la Palabra central, la única Palabra de nuestra fe. A esta Palabra central hay tres respuestas: “La Liturgia de la Luz”, lucernario, fuego y cirio que se bendicen, el pregón pascual. Esta

Liturgia de la Luz nos ayuda a la preparación de la Iniciación cristiana (Bautismo-confirmación) y a la celebración de la Eucaristía: la Luz es Cristo y detrás de esa Luz todo el pueblo en procesión, como un éxodo simbólico hacia la patria. La proclamación de la Resurrección del Señor, el Cirio encendido, Cristo Resucitado y Glorioso, a su Luz se proclaman las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, que brillan con nuevo resplandor. *La Liturgia bautismal*, celebración del Bautismo-Confirmación, es la segunda respuesta a la Palabra de la Resurrección. Renovación del Bautismo, votos religiosos, matrimonio... La *Liturgia de la Eucarística*, la Iglesia responde a la proclamación de la Resurrección y a las otras lecturas celebrando el sacrificio eucarístico. Dios habla y la Iglesia responde, el Esposo habla y la esposa responde. ¡Santa Pascua del Señor!

María, la Madre de Jesús Resucitado, también resucitada y gloriosa

Todo es gracia de Dios, y este año, cinco Domingos del tiempo de Pascua coinciden con el mes de mayo, el mes de María. La memoria, el recuerdo gozoso, de la Madre lo contemplamos y celebramos en el ciclo anual de los misterios del Hijo. El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia (SC), habla del Año litúrgico y dice: *“En la celebración de este círculo anual de los misterios del Hijo, la santa Iglesia venera con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo; en ella, la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser”* (SC 103). Hoy, contemplando y celebrando a Jesús, el Señor Resucitado y glorioso, contemplamos y celebramos a su Madre, gloriosa, asunta al cielo, en cuerpo y alma. El gozo eclesial por la resurrección de Jesús es prolongación del gozo de María, Madre del Resucitado. Ella quedó llena de “inefable alegría” por la victoria del Hijo.

María, la Madre de Jesús Resucitado, celebrada en la Liturgia

El Papa Pablo VI, escribió un documento muy importante sobre el “culto a María”, *“Marialis cultus”*. Indica con toda claridad que celebrando al Hijo celebramos a la Madre, y celebrando a la Madre celebramos al Hijo. Que no se puede separar a la Madre del Hijo ni al Hijo de la Madre. *“La devoción a la Santísima Virgen, insertada en el cauce del único culto que justa y merecidamente de llama “cristiano” -porque en Cristo tiene su origen y eficacia, en Cristo halla plena expresión y por medio de Cristo conduce en el Espíritu al Padre-, es un elemento cualificador de la genuina piedad de la Iglesia”* (*Marialis cultus*, Introducción). El amor y el culto a María nos llevan al único culto que la Iglesia tiene, el culto a Jesús el Hijo de María. Y lo que cualifica, lo que hace verdadero todo lo que hacemos para honrar y amar a María, es ver y experimentar que nos lleva al conocimiento y al amor de Jesús, el Hijo de María. Por eso en toda celebración litúrgica y en los diferentes tiempos del Año litúrgico podemos honrar y celebrar a María, que junto con su Hijo la encontramos en toda celebración cristiana.

María, ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra al Señor (1)

María es modelo de la Iglesia en la fe, en la caridad y en la perfecta unión con Cristo. Y modelo de cómo hemos de participar en las celebraciones litúrgicas. En la celebración litúrgica la Iglesia, nosotros, escuchamos y guardamos la Palabra de Dios, como María la acogió (Lc 1,38, la Anunciación) y guardó en su corazón. En la celebración alabamos y damos gracias a Dios, haciendo memoria, recordando las maravillas que hizo y hace el Señor a favor de los hombres, como hizo memoria la Virgen en el canto del *“Magnificat”* (Lc 2,15ss). La Liturgia bien celebrada evangeliza por ella misma, manifiesta a Cristo ante los hombres, los conduce hacia Él, como

María portó en su seno al Salvador hasta Juan Bautista (Lc 1, 39-45) y lo mostró a los pastores (Lc 2,15) y a los magos (Mt 2,11). En la celebración litúrgica, rogamos e intercedemos por la salvación de todos los hombres, como la Madre de Jesús en Caná de Galilea intercedió en favor de los esposos (Jn 2,1-11), y en el Cenáculo oró con los Apóstoles invocando la venida del Don del Espíritu Santo.

María, ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra al Señor (2)

La celebración litúrgica, la Eucaristía y los demás sacramentos, engendran y nutren la vida de la gracia en nosotros, como María engendró al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo (Lc 1,34-35) y lo alimentó con su leche (Lc 11,27). El momento culminante de nuestro sacerdocio bautismal es cuando en la celebración de la Eucaristía, después de la consagración del Pan y del Vino, junto con el sacerdote, *“te ofrecemos Padre el Pan de Vida y el Cáliz de salvación”* y nos ofrecemos; como María ofrece y se ofrece, ofrece su Hijo al Padre y se ofrece junto con Jesús, en la presentación al templo (Lc 2,22-35) y en el Calvario. El Papa Pablo VI nos presenta a María como la “Virgen oyente”: que acoge con fe la Palabra de Dios y como dice S. Agustín: *“La Virgen María concibió creyendo al que dió a luz creyendo. Ella, llena de fe, concibió a Cristo en su mente antes que en su seno. Fe, que fue para ella causa de bienaventuranza y seguridad en el cumplimiento de la Palabra del Señor (Marialis cultus, 17).*

María, ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra al Señor. (3)

María es la “Virgen orante”: en el Magnificat que es la oración por excelencia de María, confluyen la exultación y el gozo del antiguo y nuevo Israel. Dice S. Ireneo que en el cántico de María fluyó el regocijo de Abrahám que presentía al Mesías (Jn 8,56) y el gozo de la Iglesia. *“Saltando de gozo, María proclamaba en nombre de la Iglesia:*

“Mi alma engrandece al Señor...”. “Virgen orante” en la comunidad primitiva: los Apóstoles “perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos” (He 1,14). Presencia orante de María en la Iglesia naciente y en la Iglesia de todos los tiempos. Ella, asunta al cielo no abandona su misión de intercesión y salvación. “Virgen orante”, también la Iglesia que cada día presenta al Padre las necesidades de los hermanos, y “alaba incesantemente al Señor e intercede por la salvación del mundo” (Marialis cultus, 18). María, “Virgen y Madre fecunda”: prodigiosa maternidad y tipo y ejemplar de la fecundidad de la Iglesia. María, “Virgen oferente”: presenta-ofrece su Hijo en el templo y al pie de la Cruz. María, “Virgen vigilante”: espera sin vacilar la resurrección de su Hijo y la venida del Espíritu Santo.

La Ascensión del Señor (A)

En los primeros siglos de la Iglesia la Ascensión del Señor se celebraba dentro de la Cincuentena Pascual como una dimensión de la misma Pascua. Más adelante, basados en lo que dice S. Lucas: *“apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios” (He 1,3)*, se concretó la fiesta de la Ascensión a los cuarenta días de la Resurrección y diez días antes de Pentecostés. “Subir al cielo” es una manera de expresarse del pueblo judío, con el cielo “arriba” y la tierra “abajo”. Toda comunicación desde Dios hacia nosotros y de nosotros a Dios se expresa como “bajada” o “subida”. Cristo Resucitado, glorificado a la diestra del Padre. Lo profesamos en el Credo: *“subió a los cielos, y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso”*. Hoy damos gracias a Dios *“Porque Jesús, el Señor, el rey de la gloria, vencedor del pecado y de la muerte, ha ascendido hoy ante el asombro de los ángeles al más alto del cielo”* (Prefacio de la Ascensión). La Ascensión del Señor supone el inicio del camino misionero de la Iglesia, asistida por Cristo Glorioso y su Espíritu; desde Jerusalén hasta los confines del mundo. Siempre con la esperanza gozosa y acompañados por la victoria pascual de Jesucristo: *“Porque la ascensión de Jesucristo, tu Hijo, es ya nuestra victoria”* (Oración colecta).

Y contemplar también nuestra meta: *“Y donde nos ha precedido Él, que es nuestra cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo”* (Oración colecta).



Domingo de Pentecostés (A)

Encontramos en la Palabra de Dios (Ex 23,14) que se nos habla de una fiesta, la de “las semanas”, que se celebraba siete semanas después de la primera ofrenda de cebada. Fiesta de “las semanas” o “Pentecostés” que luego se unió al recuerdo festivo de la Alianza con Dios en el Sinaí, a los cincuenta días de la salida de Egipto. Los cristianos, desde muy antiguo, llamamos Pentecostés al día último, el que hace el número 50, después de las siete semanas de prolongación de la Pascua. A los cincuenta días de la Resurrección de Jesús, el día de “Pentecostés”: *“Al cumplirse el día de Pentecostés, estando todos juntos en un lugar...”* (He 2,1), Jesucristo Resucitado regala a su Iglesia el Espíritu Santo con el que el Padre le resucitó. A imitación de la Vigilia Pascual también el día de Pentecostés tiene Misa vespertina de la Vigilia que se celebra antes o después de las 1 vísperas del Domingo de Pentecostés. La Palabra de Dios en la Misa de la Vigilia nos muestra al Espíritu Santo que brota de las entrañas del Resucitado: *“...de sus entrañas manarán torrentes de agua viva. Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir”* (Jn 7,37-39). La torre de Babel signo de la confusión (Gn 11,1-9). *“Todo el Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en forma de fuego”* (Ex 19,18).

“¡Huesos secos! Os infundiré espíritu y viviréis” (Ez 37,9). “También sobre mis siervos y siervas derramaré mi espíritu en aquellos días” (Joel 3,1). S. Pablo nos dice que, “el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rom 8,22-27).

La Santísima Trinidad

Desde el comienzo de la Iglesia, la oración litúrgica siempre se ha dirigido al Padre, por medio del Hijo y en el Espíritu Santo. Jesús habla de Dios como una comunión de Amor y nos habla también del Padre, de Él como Hijo del Padre y del Espíritu Santo. Esta fiesta no nos muestra ni un acontecimiento salvífico concreto ni la memoria de algún santo. Celebramos y nos gozamos de que Dios, Padre todopoderoso haya enviado al mundo la Palabra de la Verdad y el Espíritu de la santificación, y le pedimos: *“Concédenos profesar la fe verdadera, conocer la gloria de la eterna Trinidad y adorar su Unidad todopoderosa”* (Oración colecta). En el Evangelio (Jn 3,16-18), el Amor del Padre que envía al Hijo: *“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él”*. Dios mismo se presenta en la lectura del Éxodo: *“Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad”*. Y el saludo trinitario de S. Pablo que escuchamos también como saludo al inicio de la celebración de la Eucaristía: *“La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros”*.

El Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

La fiesta del “Corpus Christi” se introdujo en la Iglesia en el siglo XIII, y se comenzó a celebrar en Lieja, como respuesta a la herejía de Berengario (s. XI), que negó la presencia real de Cristo en el sacramento de la Eucaristía. En siglos anteriores se subrayó la celebración y la comunión en la Eucaristía y ahora se da énfasis a la adoración. Presencia permanente y substancial, real, de Jesús, más allá de la celebración de la Misa y que es digna de ser adorada

en la exposición solemne y en las procesiones con el Santísimo Sacramento. Hoy es el día de la Eucaristía en sí misma, ocasión para creer y adorar y conocer mejor la riqueza de este Misterio. Jesucristo Resucitado y Glorioso es *“el Pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre”* (Jn 6,51). El camino de la vida, del seguimiento de Jesús, es duro. Necesitamos el alimento, la fuerza del Señor: *“No te olvides del Señor tu Dios que te sacó de Egipto..., que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres”* (Ex 8,16). Y la Eucaristía nos tiene que hermanar, porque nos une íntimamente al Señor y en el Señor a todos nuestros hermanos: *“Y el Pan que partimos, ¿no nos une a todos en el Cuerpo de Cristo? El Pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo Pan”* (1 Cor 10,16-17).

“No podemos vivir sin celebrar el Día del Señor”

En los pueblos más pequeños y en las grandes ciudades, resulta difícil celebrar y vivir el Domingo, el “Día del Señor”. A ese día que los cristianos le llamamos “Día del Señor”, para los judíos es “el primer día de la semana”, para los romanos (en el imperio romano) “día del sol”; era día de trabajo en los primeros siglos del cristianismo, y ello obligaba a los cristianos a reunirse para celebrar la Eucaristía antes de la salida del sol e ir después a sus ocupaciones. Un grupo de cristianos fueron detenidos, acusados y torturados porque se reunían para celebrar la Eucaristía, cosa que había prohibido el emperador Diocleciano (año 304). Al ser juzgados e interrogados por qué se habían reunido a pesar de la prohibición del emperador, respondieron: *“Hemos hecho muy conscientemente esto de celebrar el Domingo, la Cena del Señor, porque no puede espaciarse la Cena del Señor y no podemos vivir sin celebrar el Día del Señor”* (Acta de los mártires, D.BUENO, BAC 75, p.981-982). El Papa Juan Pablo II, hoy ya Beato, escribió una Carta Apostólica sobre la santificación del Domingo, titulada “Dies Domini”, “Día del Señor”. Dice el Papa: *“Este es un día que constituye el centro mismo de la vida cristiana. Si desde el principio de mi Pontificado no me he cansado de repetir: “¡No temáis! ¡Abrid, más*

todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!", en esta misma línea quisiera hoy invitar a todos con fuerza a descubrir de nuevo el Domingo: ¡No tengáis miedo de dar vuestro tiempo a Cristo" (Dies Domini, 7).

El Día del Señor Resucitado

La revalorización del Domingo y su contenido teológico, se debe al Concilio Vaticano II, dice: *"La Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del día mismo de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón "Día del Señor" o Domingo..."* (SC 103). La celebración de la Eucaristía cada ocho días, cada "primer día" de la semana no es un invento de la Iglesia, es *"una tradición apostólica que trae su origen del día mismo de la Resurrección de Cristo"*. Una "tradición" enraizada en el corazón de nuestra fe: Cristo Resucitado. Es por tanto una "tradición" fundamental para los cristianos. El "primer día" de la semana los Apóstoles y sus seguidores celebran el Día de la Resurrección del Señor, con independencia de la práctica judía del sábado. Los Apóstoles experimentan a Jesucristo Resucitado en la tarde del *"primer día de la semana"*. Jesús Resucitado les muestra las señales de su pasión gloriosa, manos y costado, les explica las Escrituras (discípulos de Emaús), les hace donación de su Espíritu, parte el Pan y los envía. *"En este Día, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la Gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios"* (SC 103).

Domingo, Día del Señor Resucitado

La primera comunidad cristiana cada *"primer día de la semana"* celebra la Eucaristía y en ella comparte sus bienes para otras comunidades necesitadas. Nos lo cuenta S. Pablo (1Co 16,1-3): *"En cuanto a la colecta en favor de los santos, haced también vosotros tal como mandé a las Iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros reserve en su casa lo que haya podido ahorrar..."*. El cambio del *"primer día de la semana"* a llamarle *"Día del Señor"* lo encontramos por primera

vez en el libro del Apocalipsis (1,10): *“Caí en éxtasis el Día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz...”*. En la primera comunidad cristiana a Jesús Resucitado le llamaban *“Kyrios”* “el Señor” y así a ese día *“primero de la semana”* los seguidores de Jesús comenzaron a decirle *“Emera Kyriake”, “Día del Señor”*. Del griego, hablado en los cuatro primeros siglos, se pasó al latín, *“Dies Domini” “Día del Señor”*. Del latín, nacieron nuestras lenguas que lo han traducido con la palabra *“Domingo” “Diumenge”*. Deberíamos acostumbrarnos a decir:

¡Feliz Domingo! ¡Bon Diumenge! Esta expresión equivale a decir:

¡Feliz Día de Señor”. Mucho más expresiva para nosotros que “buen fin de semana”, “bon cap de setmana”. ¡Feliz Domingo a todos!

El Domingo “Día del Don del Espíritu”

Cristo Resucitado la tarde de Pascua, al *“atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos... Sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo...”* (Jn 20,22-23). La efusión del Espíritu Santo fue el gran Don del Señor Resucitado el Domingo de Pascua. También Domingo, cincuenta días después, sobre los Apóstoles y María: *“De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso... Se les aparecieron unas lenguas como de fuego... Quedaron todos llenos del Espíritu Santo”* (He 2,2-4). Pentecostés es el Misterio que anima permanentemente a la Iglesia. El Domingo, *“Pascua de la semana”* se convierte en el *“Pentecostés de la semana”*, donde los cristianos revivimos la experiencia gozosa de los Apóstoles con el Resucitado, dejándose vivificar por el soplo de su Espíritu (*Dies Domini* 28). El Espíritu Santo, *“memoria”* viva de la Iglesia (Jn 14,26) hace que la primera manifestación del Señor Resucitado se renueve en el *“hoy”* de cada celebración. Y somos interpelados como Tomás: *“Y no seas incrédulo sino creyente”* (Jn 20,27). Hacemos profesión de la fe. El Credo que recitamos o cantamos cada Domingo expresa nuestra adhesión a Cristo y a su Evangelio. Y confesamos y adoramos como Tomás: *“¡Señor mío y Dios mío!”* (Jn 20,28).

El Domingo “Día de la Iglesia” y el precepto dominical

Es muy importante lo que el Papa dice y habría que tenerlo en cuenta, tanto pastores como fieles: *“Como he tenido oportunidad de recordar en otra ocasión, entre las numerosas actividades que desarrolla una parroquia ninguna es tan vital o formativa para la comunidad como la celebración dominical del Día del Señor y su Eucaristía”* (Dies Domini 35). Y recuerda SC 42: *“Hay que trabajar para que florezca el sentido de comunidad parroquial, sobre todo en la celebración común de la Misa dominical”*. Al ser la Eucaristía el verdadero centro del Domingo, desde los primeros siglos, los pastores no han dejado de recordar a sus fieles la necesidad de participar en la Eucaristía. *“Dejad todo en el Día del Señor y corred con diligencia a vuestras asambleas, porque es vuestra alabanza a Dios. Pues, ¿qué disculpa tendrán ante Dios aquellos que no se reúnen en el Día del Señor para escuchar la Palabra de vida y nutrirse con el alimento divino que es eterno?”* (Didascalia de los Apóstoles, s.III). El Código de Derecho Canónico, can 1247, dice: *“El Domingo y las demás fiestas de precepto los fieles tienen obligación de participar en la Misa”*. Y el Catecismo de la Iglesia Católica: *“Los que deliberadamente faltan a esta obligación cometen un pecado grave”* (CEC 2181).

Espiritualidad del Año litúrgico



La Iglesia tiene su propia espiritualidad, que es la que brota de la celebración de *“la obra salvífica de su divino Esposo”*, y eso lo hace *“en días determinados a través del año”* (Constitución sobre la Liturgia, Vaticano II, SC 102). El Año litúrgico es la ESPIRITUALIDAD

de la Iglesia. Espiritualidad con mayúsculas, porque todos los que formamos la Iglesia celebramos el mismo Misterio de Jesús, el “Único” Misterio. Y lo celebramos a lo largo de un año. Todas las otras “*espiritualidades*” que nacen dentro de la Iglesia por obra, carisma, don, del Espíritu Santo, la viven según sus propias peculiaridades, dentro de la única ESPIRITUALIDAD de la Iglesia que es el Año litúrgico. El Misterio de Jesús es tan grande que lo vamos celebrando, poco a poco, en sus diversos momentos y aspectos. La Resurrección de Jesús es el centro del Año litúrgico. Cristo Resucitado que ha venido, vendrá y viene (Adviento); Cristo Resucitado que nació de Santa María Virgen (Navidad); Cristo Resucitado que nos regala su Espíritu (Pentecostés); Cristo Resucitado que murió (Viernes santo); Cristo Resucitado que habla, cura, forma y cuida a sus discípulos (Tiempo ordinario durante el año). Celebramos siempre el “todo” del Misterio de Jesús en cada una de sus “partes”. Y en cada “parte”, aspecto concreto de lo que dice o hace, celebramos el “todo”.

La Resurrección del Señor centro

La Liturgia es la celebración de Jesucristo Resucitado. No podemos celebrar nada más. Cristo Resucitado que *aquí-ahora-para nosotros* nos preside, nos habla, nos da su Palabra, nos da a comer su Cuerpo glorioso, nos perdona, nos salva. La experiencia de la Resurrección de Jesús cambia a los Apóstoles: los discípulos de Emaús, Tomás, Pedro y los demás compañeros. Todo lo ven distinto, y lo entienden a partir de la Resurrección. El Nuevo Testamento está escrito desde el impacto de la Resurrección de Jesús. Lo ven todo desde la experiencia de que Jesús es el *Señor-Kyrios*. Desde la Resurrección entienden y explican las Escrituras, como hace Jesús con los discípulos de Emaús. Jesús Resucitado les explica las Escrituras: *“Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarando cuanto a Él se refería en todas las Escrituras”* (Lc 24,13-35). Modelo y ejemplo lo tenemos en la Vigilia Pascual: se enciende el Cirio, Cristo Resucitado, y a su Luz se proclaman las lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento y el Evangelio de la Resurrección. Son bautizados los catecúmenos, renovamos las promesas bautismales y se celebra la Eucaristía.

Nosotros bautizados y confirmados

Para vivir intensamente nuestra vida espiritual y poder participar bien en las celebraciones litúrgicas, no podemos olvidar estas realidades en las que estamos sumergidos y vivimos. Bautizados: *“con-sepultados, con-resucitados y vivos para Dios, en Cristo Jesús, Señor nuestro”* (Rom 6,3-11). Confirmados: hemos recibido el *“Don”* del *“mismo Espíritu Santo”*. Por tanto, en nuestra vida de cada día o en las celebraciones litúrgicas no somos *“espectadores extraños”*, o caminantes solitarios. Estamos sumergidos en estas *“maravillas”* de Dios: pasión-muerte-resurrección de Jesús (Bautismo), y Él nos ha regalado *“su mismo Espíritu”* (Confirmación). Todos los sacramentos de la Iglesia, los siete sacramentos, son celebraciones de Jesucristo Resucitado. Participamos en su muerte y resurrección, y Él nos hace vivir la vida nueva: Bautismo. Y recibimos del mismo Señor su Espíritu que le resucitó y Él nos regala: Confirmación. Podemos rezar y cantar con un gozo inmenso con las palabras de María: *“Mi alma engrandece al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador... porque ha hecho en mi maravillas el Poderoso...”* (Lc 1,46-49).

Celebración de Jesucristo Resucitado en los Sacramentos de la Iglesia

El domingo pasado vimos como por el Bautismo y la Confirmación participamos de la pasión-muerte-resurrección de Jesús y recibimos como *“Don”* su Espíritu Santo. En la Eucaristía nos congregamos la comunidad cristiana nacida en Pentecostés, la Iglesia. Y escuchamos la Palabra del Resucitado: *“Cuando estando la comunidad reunida se proclama la Palabra de Dios, es Jesús mismo quien habla a su pueblo”* (SC 7). Hacemos *“memoria”*, *“recordamos”*, la Muerte y Resurrección de Jesús que se actualiza, se hace realidad para nosotros y comemos del Pan, participamos ya en el Banquete de Bodas del Cordero. El sacramento de la Penitencia, de la Misericordia del Padre, es un regalo de Cristo Resucitado la tarde de su resurrección: *“Al anochecer de aquel día primero de la semana... ¡Paz a vosotros! Como el Padre me ha*

enviado, así también, os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20, 19-23)

-

El Sacramento de la Unción de los Enfermos, celebración de Jesucristo Resucitado

La “Unción de los Enfermos”, ya no es solo el Sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida, “extremaunción”. El tiempo oportuno para recibirlo empieza cuando el cristiano comienza a estar en peligro de muerte, por enfermedad o por vejez: *“El Sacramento de la Unción de los Enfermos, no es sólo el Sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por tanto, el tiempo oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez”* (SC 73). Es uno de los siete Sacramentos del Nuevo Testamento. Es el Sacramento que nos da la Fuerza del Espíritu Santo y nos ayuda para el gran “paso”, Pascua, y el encuentro y abrazo definitivo con Cristo Resucitado y Glorioso. La Palabra de Dios nos dice: *“Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban”* (Mc 6,12-13). *“¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que recen por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo y el Señor lo restablecerá; y si hubiera cometido algún pecado, le será perdonado”* (Sant 5,14-15).

Celebramos a Jesucristo Resucitado en el Sacramento del Orden

El Padre es la fuente de todo, que envía a su Hijo, este a los Apóstoles, para continuar su obra de Maestro, Sacerdote y Pastor, para hacer un “pueblo santo”, “sacerdotal”. De este “pueblo santo”: salen estos hermanos, obispos-presbíteros-díaconos que hacen las

veces de Cristo Resucitado y Gloriosos, Sacerdote y Pastor; así se edifica la iglesia y crece como pueblo de Dios y templo santo. Se configuran con Cristo para anunciar el Evangelio; tienen el carisma de encabezamiento: unidad y totalidad (carisma del obispo y su presbiterio) para apacentar el pueblo de Dios y celebrar el culto divino: *“Los presbíteros ejercen el oficio de Cristo, Cabeza y Pastor”* (PO 6). Enseñan en nombre de Cristo: transmiten la Palabra de Dios que han recibido: *“Creer lo que leemos, enseñar lo que creemos, y practicar lo que enseñamos”*. Santifican en nombre de Cristo: por su ministerio alcanza su plenitud el *“sacrificio espiritual”* de los fieles. Presiden la celebración de la Eucaristía: *“fuente y cumbre de la vida cristiana”* (SC10). *“Escogidos entre los hombres, puestos al servicio de ellos en las cosas de Dios”* (Hb 5,1). Y gobernar en nombre de Cristo “sirviendo” a los hermanos: *“el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos”* (Mt 20, 28); y *“que ha venido a salvar lo que estaba perdido”* (Lc 15, 4-7).

El Sacramento del Matrimonio signo de la unión indisoluble de Cristo Resucitado, el Esposo, y la Iglesia esposa

El matrimonio de los cristianos es por voluntad de Cristo el Sacramento que actualiza y manifiesta de manera permanente la unión inefable, el amor fiel y la entrega irrevocable de Jesucristo, el Esposo, a su esposa la Iglesia. Es este el gran misterio: *“Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor como Cristo hace con la Iglesia... Es este el gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia”* (Ef 5,22ss). Este misterio que comienza en la Encarnación, pasa por la Cruz y la Resurrección, y alcanzará su plenitud en el Reino glorioso, cuando Cristo sea todo en todos: *“donde no hay griego o judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino Cristo, que lo es todo en todos”* (Col 3,11). El matrimonio cristiano, en el designio de Dios, fue imagen de la comunión de Dios con el hombre (Gn 1 y 2). *“Los cónyuges cristianos, en virtud del Sacramento*

del Matrimonio, por el que significan y participan el misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y la Iglesia, se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de la prole, y por eso poseen su propio don, dentro del Pueblo de Dios, en su estado y forma de vida” (LG 11).

La Liturgia de las Horas, celebración de Jesucristo Resucitado

Presencia real de Jesucristo en la acción litúrgica: *“Cristo está siempre presente a su Iglesia sobre todo en la acción litúrgica... Está presente cuando la Iglesia suplica y canta Salmos” (SC 7).* Cristo introduce la oración del cielo: *“El Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales (SC 83).* Desde entonces, resuena en el corazón de Cristo la alabanza a Dios con palabras humanas; Cristo la presenta al Padre en nombre de los hombres y para bien de ellos. La oración dirigida a Dios Padre se hace por Cristo, Señor de todos los hombres y único mediador: *“Pues Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús” (1Tim 2,5).* Cristo ora por nosotros y en nosotros y el Espíritu Santo recibido en el Bautismo y la Confirmación, nos hace orar también a nosotros. Dice san Agustín: *“Reconozcamos en Él nuestras propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros”.* Es el Espíritu Santo quien nos hace orar: *“El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rom 8,26).*

La Liturgia de las Horas, oración comunitaria

Lo encontramos al comienzo, en la primitiva Iglesia: *“Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (He 1,14).* Comunidad fundada en la Palabra de Dios, la comunión fraterna, la oración y la Fracción del pan (Eucaristía). Ya desde el comienzo de la Iglesia se

va configurando la Liturgia de las Horas: el obispo, los presbíteros, las personas consagradas a Dios, se reúnen juntos para rezar, en la mañana y la tarde (*Itinerario de Egeria*, siglo IV, en Jerusalén). La Liturgia de las Horas es plegaria de la Iglesia y plegaria en nombre de la Iglesia. Toda la comunidad cristiana tiene la misión de continuar en la Iglesia la oración de Cristo. Cristo rezaba y nosotros continuamos esa oración. Continuamos en el tiempo la oración de Cristo, que desde su Encarnación ha consagrado el tiempo. La plegaria de la Liturgia de las Horas, no son momentos aislados de la jornada. Son momentos síntesis. Laudes (oración de la mañana) y Vísperas (oración de la tarde), son las horas principales. Los Laudes hace memoria de la Resurrección del Señor: *“Se hará oración a la mañana para celebrar la Resurrección del Señor con la oración matutina”* (San Cipriano). Las Vísperas acción de gracias del día: *“Se celebran las Vísperas a la tarde, cuando ya declina el día, y en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto”* (Ordenación General de la Liturgia de las Horas, 39a).

Vivimos en un tiempo santo

Cuando S. Pablo habla del nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios, lo sitúa en *“la plenitud de los tiempos”* (Gal 4,4). El Padre, con la Encarnación de su Hijo Jesús, se ha introducido en la historia del hombre y ha santificado el tiempo. Gracias a la venida de Jesús a la tierra, el tiempo humano, iniciado en la creación, ha alcanzado su plenitud. En efecto, *“la plenitud de los tiempos”* es sólo la eternidad, mejor aún, aquel que es eterno, es decir, Dios. Entrar en la *“plenitud de los tiempos”* significa, por lo tanto, alcanzar el término del tiempo y salir de sus confines, para encontrar su cumplimiento en la eternidad de Dios. En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, Dios nos salva en el tiempo, que tiene su culmen en la *“plenitud de los tiempos”* de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. En Jesús, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician los *“últimos tiempos”* (Hb 1,2), la *“última hora”* (1

Jn 2,18), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la parusía, la venida última del Señor al final de los tiempos. De esta relación de Dios con el tiempo nace *el deber de santificarlo*. Es lo que se hace cuando se dedican a Dios determinados tiempos, días o semanas. En la Vigilia pascual mientras se bendice el Cirio que simboliza a Cristo resucitado, se dice: *“Cristo ayer y hoy, Principio y Fin, Alfa y Omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A El la gloria y el poder por los siglos de los siglos”*. Cristo es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su Encarnación y Resurrección. El año solar está traspasado por el Año litúrgico.

El año litúrgico hebreo

Encontramos en la historia del pueblo de Israel tres fiestas agrícolas: *Ácidos-Siega-Recolección*: *“Guardarás la fiesta de los Ácidos: Durante siete días comerás ácidos, como te mandé... Celebrarás también la fiesta de la Siega, de las primicias de tus trabajos... Y la fiesta de la Recolección, al final del año, cuando hayas recogido del campo los frutos de tus trabajos”* (Ex 23,15-16). Estas fiestas tienen relación con las estaciones, primavera, verano, otoño, y no se celebran en días fijos. La experiencia del paso del mar Rojo, de Egipto al desierto, cambia el contenido profundo, teológico, de estas fiestas. La fiesta de los “Ácidos”, se convierte en fiesta de “Pascua” (*Pesach-Pascua*), como recuerdo del “paso” liberador de Dios por Egipto. La fiesta de la “Siega” se convierte en la fiesta de las “7 Semanas” (Pentecostés), después de las cuales la liberación de Egipto culmina con la teofanía del Sinaí o proclamación de la Alianza. La fiesta de la “Recolección” se convierte en la fiesta de las “Tiendas”, en recuerdo del tiempo del desierto, en el que Dios “habitaba” en una tienda con su pueblo. Estas celebraciones duran toda la semana (*Lev 23,4-36*). La fiesta del “Sábado” también está relacionada con la Pascua, el paso, con la liberación del Éxodo, ya que recuerda el paso de Dios que ha hecho *reposar-descansar* a los hebreos de su esclavitud: *“Pero el día séptimo es día de descanso, consagrado al Señor, tu Dios”* (*Deut 5,14*).

El Año Litúrgico cristiano

El “paso”-“pascua” del pueblo de Israel de Egipto a la tierra prometida, marcó el contenido teológico de las fiestas religiosas. Todas las fiestas religiosas de Israel están relacionadas con el Éxodo. También en el Año litúrgico cristiano encontramos el centro, el corazón, la fiesta que lo invade todo: la Resurrección de Jesús. *“La santa Madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo, en días determinados a través del año, la obra salvífica de su divino Esposo”* (SC 102). Cristo Resucitado y Glorioso es el divino Esposo de la Iglesia. *“Cada semana, en el día que llamó “del Señor”, conmemora su Resurrección”* (SC 102). El Domingo, día del Resucitado, corazón del Año litúrgico. *“Una vez al año celebra también, junto con su santa pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua”* (SC 102). La Pascua anual. Y a lo largo del año, va contemplando y celebrando gozosamente todos los Misterios del Señor Resucitado: *“En el círculo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor”* (SC 102). Lo que vamos celebrando no son “recuerdos” de cosas pasadas, son realidades que se hacen presentes para nosotros-aquí-ahora: *“Conmemorando así los misterios de la redención... se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación”* (SC 102).

Adviento: El que vendrá y vino, viene ahora-aquí-para nosotros

Esta es la teología del tiempo de Adviento: el Señor Resucitado y Glorioso que vendrá al final de los tiempos (Parusía), y vino en la historia, nació de Santa María Virgen, ahora, en esta celebración viene. Nos reúne, nos da su Palabra y su Cuerpo glorioso. El Año litúrgico se ha ido desarrollando y creciendo a lo largo de la historia de la Iglesia. El tiempo de Adviento se comenzó a celebrar en España, siglo IV (rito hispánico). Y nació como preparación a la Navidad, como la “Cuaresma para la Pascua”. La riqueza teológica

la encontramos en los Prefacios del tiempo de Adviento: “Quien al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne...; para que cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria..., podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar” (Prefacio 1º de Adviento). “A quien los prefetas anunciaron, la Virgen esperó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo... El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría..., para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza” (Prefacio 2º de Adviento). Con este Domingo primero de Adviento da comienzo el Año litúrgico. Este año, ciclo B, escucharemos especialmente el Evangelio de San Marcos.

El Adviento debe ser considerado como un tiempo particularmente apto, para el culto a la Madre del Señor (Pablo VI)

A lo largo de todo el Año litúrgico la Madre de Dios, por su especial participación en el misterio de Cristo, es celebrada con una rica variedad de aspectos. En el tiempo de Adviento, la Liturgia recuerda frecuentemente a la Santísima Virgen. La solemnidad del día 8 de diciembre, en que se celebran conjuntamente la Inmaculada Concepción de María, la preparación radical (Is 11,1,10) a la venida del Salvador y el feliz exordio de la Iglesia sin mancha ni arruga. También en los días feriales desde el 17 al 24 de diciembre y, más concretamente, el domingo anterior a la Navidad, en que hace resonar antiguas voces proféticas sobre la Virgen Madre y el Mesías, y se leen episodios evangélicos relativos al nacimiento inminente de Cristo y del Precursor, nos dice Pablo VI, en la *Marialis cultus*, 3. También nos recuerda el Papa como la Liturgia del Adviento, une la espera mesiánica y la espera del glorioso retorno de Cristo al admirable recuerdo de la Madre. Madre e Hijo unidos inseparablemente. Resulta así que este período, como han observado los especialistas en Liturgia, debe ser considerado como un tiempo particularmente apto, para el culto a la Madre del Señor.

El Adviento nos ayuda a vivir:

la esperanza gozosa: “Jamás oído oyó ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por el que espera en Él” (1ª lectura, Domingo I); la vigilancia: “Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!” (Evangelio, Domingo I); la conversión: “Predicaba que se convirtieran y se bautizaran, para que se les perdonasen los pecados” (Evangelio, Domingo II); el anuncio gozoso de la Buena Noticia: “Súbete a lo alto de un monte, heraldo de Sión, alza con fuerza la voz, heraldo de Jerusalén, álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: aquí está vuestro Dios” (1ª lectura, Domingo II); la presencia viva del Espíritu Santo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor” (1ª lectura, Domingo III); el gozo: “Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios” (1ª lectura, Domingo III). “Hermanos: Estad alegres” (2ª lectura, Domingo III); la paz: “Que el mismo Dios de la paz os consagre totalmente” (2ª lectura, Domingo III); acoger al Espíritu Santo que suscita carismas: “No apaguéis el Espíritu, no despreciéis el don de profecía; sino examinadlo todo, quedándoos con lo bueno” (2ª Lectura, Domingo III); la humildad: “Yo no soy el Mesías” “Al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia” (Evangelio, Domingo III).

NAVIDAD

“Natale Domini in carne. Pascha”, nacimiento del Señor en la carne. Pascua. Así anuncia la fiesta de Navidad el calendario litúrgico romano más antiguo, año 336. En Roma se celebraban unas grandes fiestas en honor del dios Helios: *“natales invicti solis”, nacimiento del sol invicto.* Estas fiestas paganas fueron transformadas por los cristianos, ya que Jesucristo Resucitado es el “Sol sin ocaso”. Teología: Dios hecho hombre. Cuando las comunidades cristianas del siglo III en Oriente y Occidente comienzan a celebrar la fiesta del nacimiento del Señor, no celebran tanto un acontecimiento histórico, como el misterio

insondable e inaudito del Dios que se hace hombre en las entrañas de María. Es lo que se llama la *kénosis* (abajamiento), humillación que culmina con la muerte y resurrección. *“Hoy, aquél que es, vino al mundo. Aquél que es, viene a ser lo que no era: en efecto, siendo Dios, he aquí que se ha hecho hombre. Pero no cesa por ello de ser Dios”* (S. JUAN CRISOSTOMO). Actitud profundamente contemplativa, de gozosa admiración y alabanza: *“La Palabra se hizo carne, y puso su tienda entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad”* (Jn 1,14). *“Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios”* (S. AGUSTÍN). *“¡Qué admirable intercambio! El Creador del género humano, tomando cuerpo y alma, nace de una Virgen y, hecho hombre sin concurso de varón, nos da parte en su divinidad”* (Primeras Vísperas, 1 de enero).



NAVIDAD. Desposorios de Dios con el hombre

No solo celebramos que Dios se ha hecho hombre, celebramos la incorporación de todos los hombres a Dios. Todos los hombres de todos los tiempos han sido unidos y reconciliados para siempre con Dios. Por la Encarnación no solo ha quedado divinizada la humanidad personal de Cristo, sino la humanidad entera. Por eso el Verbo al asumir la naturaleza humana, se ha desposado con toda

la comunidad humana. Los Padres de la Iglesia presentan el seno virginal de María como la celda nupcial en la que tienen lugar estos maravillosos desposorios. *“Dios Padre ha hecho las nupcias de Dios al Hijo al unirlo a la naturaleza humana en el seno de la Virgen, cuando el quería que este Hijo, Dios antes de todos los siglos, se hiciera hombre en el curso de los tiempos”* (S. GREGORIO MAGNO). *“La celda nupcial del esposo ha sido el seno de una Virgen, porque en este seno virginal la esposa y el esposo, el Verbo y la carne, se han unido”* (S. AGUSTÍN). *“En el día del nacimiento, Cristo se ha unido en nupcias espirituales a su esposa la Iglesia. Es entonces cuando el esposo ha salido de la celda nupcial (Salmo 18,6), el Verbo de un seno virginal. El ha salido de allí con su esposa, es decir, la carne que había asumido. Es a estas nupcias eminentemente santas a las que nosotros estamos invitados... Sí, es a estas nupcias a las que nosotros estamos invitados, y en estas nupcias, si hemos obrado bien, seremos la esposa”* (S. CESAREO DE ARLES).

Santa María Madre de Dios

Comenzamos el año civil contemplando a María Madre de Dios. Es el nombre más grande que podemos dar a María: “Madre de Dios”. Y porque es Madre de Dios es Inmaculada, Virgen, llena de gracia. Esta fiesta ha sido la primera fiesta de María en la Iglesia de Occidente. Con el paso de los siglos desapareció. Y la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, la recuperó y la ha puesto el día 1 de enero. El Papa Pablo VI dice hablando de esta fiesta: *“En la nueva ordenación del periodo natalicio, nos parece que la atención común se debe dirigir a la renovada solemnidad de la Maternidad de María; ésta, fijada en el día primero de enero, según una antigua sugerencia de la liturgia de Roma, está destinada a celebrar la parte que tuvo María en el misterio de la salvación y a exaltar la singular dignidad de que goza la “Madre santa..., de quien hemos recibido al Autor de la Vida” (Marialis cultus, 5).* El Papa instituyó también el 1 de enero la “Jornada mundial de la Paz”. Es ocasión para adorar al Hijo de María, “Príncipe de la Paz” y pedir e implorar de Dios, en la oración insistente por medio de María, “Reina de la Paz”, el don supremo de la paz, que madure en el corazón de los hombres y mujeres del mundo.

Fiesta del Bautismo del Señor (B)

Con esta fiesta terminamos el tiempo de Navidad. Ya se pueden retirar los símbolos navideños y se deja paso a ese tiempo tan importante del Año litúrgico llamado “Tiempo ordinario”. Hasta el tiempo de Cuaresma viviremos intensamente la Liturgia de este tiempo “ordinario”. Y después de Pentecostés reemprenderemos este tiempo hasta el final del Año litúrgico, con la fiesta de Jesucristo Rey del Universo. Del Niño recién nacido pasamos a la contemplación del que ha sido enviado por el Padre, con la Fuerza del Espíritu Santo, para anunciar el Evangelio: la Buena Noticia gozosa de Jesús, y pasar haciendo las “obras” que el Padre quiere. Hoy contemplamos una “teofanía”, una manifestación de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo: *“Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu Santo bajar hacia Él como una paloma. Se oyó una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto” (Mc 1,11).* Hoy podemos comenzar la celebración de la Eucaristía con el rito de la aspersión con agua bendecida, que nos habla de nuestro Bautismo, vida nueva-conversión. El Bautismo para nosotros como para Jesús es el comienzo de un camino, de una misión: anunciar la Buena Noticia gozosa del Evangelio y hacer las obras que el Padre quiere.

Tiempo “durante el año”

“Además de los tiempos que tienen característica propia, quedan treinta y tres o treinta y cuatro semanas a lo largo del círculo del año en las que no se celebra un aspecto peculiar del misterio de Cristo, sino más bien se conmemora el mismo misterio de Cristo en su plenitud, principalmente en los Domingos” (Normas Universales sobre el Año litúrgico y el Calendario, 43). Se le llama tiempo “durante el año” y “tiempo ordinario”. Comienza el lunes siguiente al Domingo del Bautismo del Señor y se prolonga hasta el martes anterior al miércoles de Ceniza, reanudándose el lunes después del Domingo de Pentecostés, para terminar antes de las I Vísperas del Domingo I de Adviento. El Concilio Vaticano II

quiso restaurar la importancia del “*ciclo entero del misterio salvífico*” para que el “propio del tiempo” sobresaliese sobre el “santoral”. Como también se propuso la revalorización del Domingo como “*día del Señor y núcleo y fundamento del Año litúrgico*” (SC 108). Esto es lo que pretende el tiempo “durante el año”. Ante nuestros ojos se desarrollan los episodios de la vida histórica de Jesús, cada una de sus palabras, gestos o actos que tienen su culminación en la Pascua. El Año litúrgico es el “*sagrado recuerdo*” del Misterio de Cristo y de su obra de salvación que la Iglesia desarrolla en el “*círculo del año*” (SC 102).

Teología y espiritualidad del tiempo “durante el año”

El tiempo “durante el año”, ocupa más de la mitad del círculo anual del Año litúrgico. Y va contemplando y celebrando “los hechos y palabras” de salvación realizados por Jesús “*en el año de gracia del Señor*” (Lc 4,19) y en el que sigue manifestándose como el *Dios-con- nosotros* (Mt 1,23). El *Orden de lecturas de la Misa* (OLM. Introducción a las ediciones del Leccionario) ha perfeccionado y ha hecho más completo los “*hechos*” y “*palabras*” de Jesús en el tiempo “durante el año”. Se ha servido, para seleccionar y distribuir los textos, de dos modos: el de la *lectura continua* o *semicontinua*. Y el segundo: asignar en un ciclo de tres años, un Evangelio sinóptico a cada año: *Mateo* año A, *Marcos* año B y *Lucas* año C. El tiempo “durante el año” nos invita a integrar las situaciones más corrientes de la vida de los hombres en el Misterio de Cristo. Es lo que llaman algunos la teología del “tiempo cotidiano”. La espiritualidad de este tiempo es siempre el Misterio de Cristo que la Palabra de Dios nos muestra en la Eucaristía y la Liturgia de las Horas. El comienzo de cada día recordamos la nueva creación inaugurada por la Resurrección del Señor (Laudes). Al final de la jornada, Vísperas, nos unimos al sacrificio vespertino, y a la Luz sin ocaso, Cristo Resucitado. Y la Eucaristía al centro, en que cada cristiano puede presentar su propia vida como ofrenda grata a Dios y culto espiritual.

Presentación del Señor

Cuarenta días después de Navidad, el día 2 de febrero, celebramos la Presentación de Jesús en el Templo en brazos de sus padres María y José. Esta fiesta la encontramos a finales del s. IV en Jerusalén. Más tarde se añadió la procesión de los cirios. El Catecismo de la Iglesia Católica dice: *“La Presentación de Jesús en el Templo lo muestra como el Primogénito que pertenece al Señor. Con Simeón y Ana, toda la expectación de Israel es la que viene al encuentro de su Salvador. Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, luz de las naciones y gloria de Israel, pero también signo de contradicción. La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz, que dará la salvación que Dios ha preparado ante todos los pueblos”* (CEC 529). La bendición y procesión de las candelas (de ahí el nombre popular de La Candelaria), nos muestra el encuentro de Jesús, Luz que alumbra a las naciones, con el Templo de Jerusalén, y con los justos representados por sus padres, y el anciano Simeón y la profetisa Ana. *“Esta fiesta debe ser considerada, para poder asimilar plenamente su altísimo contenido, como memoria conjunta del Hijo y de la Madre, es decir, celebración de un misterio de la salvación realizada por Cristo, al cual la Virgen estuvo íntimamente unida como Madre del Siervo doliente de Yahvé, ... y como modelo del nuevo pueblo de Dios, constantemente probado en la fe y en la esperanza, por el sufrimiento y la persecución”* (Pablo VI, *Marialis cultus* 7).

Los Sacramentos de la Iniciación cristiana

“Ritos de iniciación” los encontramos en las diferentes culturas. Por eso se puede decir que “iniciación” es el proceso dinámico por el que una persona se introduce en la vida y la experiencia de un determinado grupo étnico, social o religioso. Nosotros hablamos de la “Iniciación cristiana” que es el camino de fe y conversión, con el que el hombre, movido por el anuncio de la Buena Noticia, se introduce gradualmente en el Misterio de Cristo y en la vida de la Iglesia. La fe nace de la escucha de la Palabra de Dios, y esa escucha

lleva a la conversión. El anuncio de la Buena Noticia de Jesús, suscita la fe en el corazón y el cambio de vida, de costumbres. Y la fe lleva al Bautismo-Confirmación-Eucaristía, que son los Sacramentos de la Iniciación Cristiana. Por estos sacramentos nos introducimos en el conocimiento y vivencia de Jesús y en la responsabilidad de sentirnos comunidad de la Iglesia. Al comienzo de la Iglesia encontramos a Pedro que anuncia a Jesucristo muerto y resucitado: *“Con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías”* (He 2,36). Y este anuncio de Pedro provoca la fe y la conversión. *“Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:*

¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (He 2,37-38). Y los bautizados de agregaban a la comunidad y participaban en su vida (He 2,41-47).

Bautismo-Confirmación-Eucaristía

Son los tres sacramentos de la Iniciación cristiana. Por los sacramentos de la Iniciación cristiana *“los hombres, libres del poder de las tinieblas, muertos, sepultados y resucitados con Cristo* (Bautismo), *reciben el Espíritu de los hijos de adopción* (Confirmación) *y celebran con todo el pueblo de Dios el memorial de la Muerte y Resurrección del Señor* (Eucaristía)” (Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes*, 14). Por el Bautismo nos incorporamos a Cristo y formamos parte del pueblo de Dios, todos los pecados son perdonados y somos hijos adoptivos del Padre, criaturas nuevas por el agua y el Espíritu Santo. Somos “profetas”, anunciadores de las maravillas de Dios; “sacerdotes”, ofrecemos en nombre de la creación y de los hombres hermanos, el culto al Padre; “reyes”, servidores de los hermanos en medio del mundo. La Confirmación nos regala el “Don” del Espíritu Santo, recibimos el mismo Espíritu Santo. Y con la “Fuerza” del Espíritu podemos dar testimonio de Jesús ante el mundo. Por la Eucaristía escuchamos la Palabra del Señor Resucitado, y comemos

y bebemos de su Cuerpo y Sangre gloriosos. Nos ofrecemos junto con Jesús al Padre: le ofrecemos y nos ofrecemos, porque somos un pueblo sacerdotal. Los tres sacramentos de la Iniciación cristiana nos hacen “adultos” en la fe.

Ritual de la Iniciación Cristiana de los adultos (RICA)

La Constitución sobre Liturgia del Concilio Vaticano II dice: *“Restáurese el Catecumenado de adultos, dividido en distintos grados, cuya práctica dependerá del juicio del Ordinario del lugar...”* (SC 64). El 6 de enero de 1972, Solemnidad de la Epifanía del Señor, se promulga, con la aprobación del Papa Pablo VI el nuevo Ritual de la Iniciación Cristiana de los adultos (RICA). En nuestra diócesis, el Sr. Obispo establece el Catecumenado para adultos el 21-11-2011. El Ritual nos propone un camino: la iniciación de los catecúmenos, de los que se preparan a recibir los sacramentos de la Iniciación cristiana, Bautismo-Confirmación-Eucaristía, se hace por grados o pasos, en conexión con la comunidad de los fieles. En este camino hay “grados” o etapas, mediante las cuales el catecúmeno ha de avanzar: a) el primer grado o etapa es cuando el catecúmeno se enfrenta con el problema de la conversión y quiere hacerse cristiano, y es recibido por la Iglesia como catecúmeno; b) el segundo grado es cuando madurando ya la fe, y finalizado casi el catecumenado, el catecúmeno es admitido a una preparación más intensa de los sacramentos; c) el tercer grado, cuando acabada la preparación espiritual, el catecúmeno recibe los sacramentos (Bautismo- Confirmación-Eucaristía), con los que comienza a ser cristiano. Estos grados se marcan con tres ritos litúrgicos: el primero, por el rito de Entrada en el catecumenado; el segundo por la Elección y el tercero, por la celebración de los Sacramentos.

Cuaresma, camino hacia la Pascua, tiempo de renovación personal y sacramental



La Vigilia pascual “madre de todas las vigiliass”: es la meta del camino cuaresmal: escucharemos la palabra fundamental: “*No os asustéis.*

¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. HA RESUCITADO “ (Mc 16,1-7).

De esta palabra reciben luz y certificación todo lo que Jesús dijo, todo lo que se dijo antes y después. Y nosotros hemos participado de su

muerte y resurrección (Bautismo), y hemos recibido como regalo su Espíritu Santo (Confirmación), y hemos escuchado su voz que nos llama a seguirle como Esposo (Matrimonio, Consagración religiosa). Todo esto, de manera especial, lo celebraremos y renovaremos en la Vigilia pascual. Cuaresma, camino hacia la Pascua: Cuaresma quiere decir “cuarenta días”, expresión que indica preparar algún hecho importante de la historia de la salvación. Las aguas del diluvio, después de las cuales Dios promete la paz y el amor a toda la humanidad, duraron “cuarenta días”. Moisés está “cuarenta días” en el monte , y después viene la Alianza y la Ley. Elías camina “cuarenta días” por el desierto, cansado, desanimado. “Cuarenta días” es tentado Jesús en el desierto, y vence al tentador. Tiempo intenso de preparación de los catecúmenos que se bautizaban en la Vigilia pascual. Tiempo dedicado a la conversión de los pecadores públicos (homicidio-adulterio-abjuración de la fe). Camino de conversión a la luz de la Palabra de Dios: todo lo que sabemos de Dios, lo sabemos por su Palabra. La Palabra proclamada, escuchada, celebrada en y por la Iglesia, nos dice que hemos de pensar y actuar como Jesús. Esa es la verdadera conversión.

Tiempo de la mistagogia.

“En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan” (Evangelio de hoy). En el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos (RICA) leemos: *“Esta es la última etapa de la iniciación, a saber el tiempo de la mistagogia de los neófitos” (37).* ¿Qué es la mistagogia? La catequesis mistagógica durante la semana siguiente a la Vigilia pascual coronaba en la iglesia de los Padres la formación de los neobautizados. Los Santos Padres llamaban *mistagogia* a la introducción progresiva y gradual en la vida litúrgica de la comunidad cristiana, en los sacramentos o misterios sagrados en los que se realiza la obra de nuestra salvación. La *mistagogia* se produce no desde una experiencia antropológica o desde una pedagogía de la fe, sino desde la fuerza y experiencia divina, comunicación interior de Dios al hombre por medio de la Eucaristía y los demás sacramentos. A través de la Liturgia, el Espíritu Santo transmite al hombre una “experiencia” viva y distinta. *Mistagogia* quiere decir, conducir a los ya iniciados (*mystai*) a vivir el Don recibido (Bautismo-Confirmación-Eucaristía). Su meta es la comunión con el Padre, en Jesucristo, en la presencia del Espíritu Santo. El tiempo más significativo es la Cincuentena pascual. La *mistagogia* es el modo pleno de celebrar la Liturgia, dando primacía a la Palabra de Dios proclamada y celebrada. La plegaria y los gestos de la Liturgia, expresan en una “lingüista celebrativa” el misterio que se celebra y que la *mistagogia* nos hace experimentar y vivir. Es la experiencia gozosa de los discípulos de Emaús que cuentan a sus hermanos.

Celebración de los Sacramentos de la Iniciación (Bautismo-Confirmación-Eucaristía)

“Yo soy el buen Pastor. El Buen Pastor da la vida por las ovejas...” (Evangelio de hoy). Leemos en el Ritual de la Iniciación cristiana de adultos: *“De ordinario la iniciación de los adultos se celebra en la santa*

noche de la Vigilia Pascual...pero si la iniciación se celebra fuera del tiempo acostumbrado, procúrese que la celebración revista carácter pascual" (RICA 208-209). Este Domingo del Buen Pastor puede ser muy apropiado para la celebración de los Sacramentos de la Iniciación (Bautismo-Confirmación-Eucaristía). Después de la homilía, los que serán bautizados, con sus padrinos van en procesión hacia la fuente bautismal cantando las letanías, Se pueden añadir algunos nombres de Santos. Se bendice el agua, fuera del tiempo pascual, ya que hoy tenemos la bendecida en la Vigilia Pascual. A continuación la renuncia a Satanás y la profesión de fe que en el Bautismo de adultos adquieren pleno valor. La unción con el Óleo de los catecúmenos: *"Que os fortalezca el poder de Cristo Salvador..."*. El rito del Bautismo: el padrino o la madrina, o ambos, ponen la mano derecha sobre el hombro del elegido. Imposición de la vestidura blanca: *"Os habéis transformado en nuevas criaturas..."*. Entrega del cirio encendido del cirio pascual: *"Habéis sido transformados en luz de Cristo..."*. La celebración de la Confirmación en el presbiterio. La imposición de las manos sobre los que van a recibir la Confirmación: *"...Envía sobre ellos el Espíritu Santo Paráclito... Recibe por esta Señal el Don del Espíritu Santo..."*. Y la celebración de la Eucaristía en la que los neófitos (bautizados y confirmados) han de vivir con mucho fervor e intensidad. Pueden participar en la oración universal y en la procesión de las ofrendas. *"Conviene que los neófitos reciban la sagrada Comunión bajo ambas especies, junto con los padrinos, madrinas, padres y cónyuges, más los catequistas seglares"* (RICA 234).

La Iglesia vive de la Eucaristía

"Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto..." (Evangelio de hoy). En días anteriores he escrito sobre la *mistagogia* diciendo: *"La mistagogia se produce no desde una experiencia antropológica o desde una pedagogía de la fe, sino desde la fuerza y experiencia divina, comunicación interior de Dios al hombre por medio de la Eucaristía y los demás sacramentos"*.

Quiero intentar, con sencillez y humildad, hablar de la Eucaristía, para que sea vida de nuestra vida. Pocos años antes de morir, casi como un testamento, el Papa Juan Pablo II nos escribió una carta- encíclica en la que de una manera muy vivencial nos dice lo que ha sido la Eucaristía para él. *“Ecclesia de Eucaristía”* (EdE) *“La Iglesia vive de la Eucaristía”*, se titula la carta-encíclica, firmada el jueves santo del año 2003. Dice el Papa al comienzo: *“La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el misterio de la Iglesia”* (EdE 1a). Experimentamos con gozo la presencia del Señor: *“Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos”* (Mt 28,20). En la transformación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. *“Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza”* (EdE 1a). *“La sagrada Eucaristía, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo”* (EdE 1b).

La Eucaristía fuente y culminación de toda la predicación evangélica

Esta afirmación la hace el Concilio Vaticano II, en el Decreto *“Presbyterorum ordinis”* 5. Los sacramentos, todos los ministerios de la Iglesia y las obras de apostolado están íntimamente unidos con la Eucaristía y se ordenan a ella y de ella derivan. En la Eucaristía somos invitados y conducidos a ofrecernos a nosotros mismos, nuestros trabajos y todas nuestras cosas. *“La Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica... Los catecúmenos son poco a poco introducidos a la participación de la Eucaristía, sellados ya por el Bautismo y la Confirmación, se insertan, por la recepción de la Eucaristía, plenamente en el Cuerpo de Cristo”* (PO 5). En la celebración de la Eucaristía podemos ofrecer a Dios Padre lo que más le agrada, el Cuerpo y la Sangre de su Hijo querido: *“Te ofrecemos el Pan de vida y el Cáliz de salvación”*. Y con El todos nuestros trabajos, nuestras

actividades, todo el apostolado que hacemos como seguidores de Jesús y apóstoles suyos. Unas palabras del Beato Juan Pablo II dichas a los sacerdotes, pero aplicables a todos los seguidores de Jesús: *“Las actividades pastorales del presbítero son múltiples, es fácil entender lo sometido que está al peligro de dispersión. El Concilio Vaticano II ha identificado en la caridad pastoral el vínculo que da unidad a su vida y sus actividades: “la caridad pastoral brota, sobre todo, del sacrificio eucarístico que, por eso, es el centro y raíz de toda la vida del presbítero” (PO 14). Se entiende, pues, lo importante que es para la vida espiritual del sacerdote, como para el bien de la Iglesia y del mundo, que ponga en practica la recomendación conciliar de celebrar cotidianamente la Eucaristía, “la cual, aunque no puedan estar presentes los fieles, es ciertamente una acción de Cristo y de la Iglesia” (PO 13; CDC 904). (EdE 31b).*

La Eucaristía es el sacramento por excelencia del Misterio Pascual

Muchas veces se habla o se escribe sobre el “Misterio Pascual”. El Misterio Pascual es la “pasión de Cristo, su muerte y resurrección y su gloriosa ascensión” (Jueves santo por la tarde, Viernes santo, Sábado santo, Domingo de Pascua-Ascensión). Estos pasos de la vida de Cristo que nosotros los vamos viviendo en los diferentes momentos y circunstancias de nuestra vida y de nuestra muerte. El Misterio Pascual de Cristo es la realidad básica de la Liturgia y de toda la vida cristiana. *“Del Misterio Pascual nace la Iglesia. Por eso la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del Misterio Pascual, está en el centro de la vida eclesial” (EdE 3).* Misterio Pascual de Jesús fue su abandono, soledad, oración y traición en Getsemaní. Muchas veces podemos encontrarnos y pasar por eso mismo que pasó Jesús. *“La agonía en Getsemaní ha sido la introducción a la agonía de la Cruz del Viernes Santo. A aquel lugar y a aquella “hora” vuelve espiritualmente todo presbítero que celebra la Santa Misa, junto con la comunidad cristiana que participa en ella” (EdE 4a).* Jesús en el Cenáculo instituyó la Eucaristía, y en ese momento anticipó y concentró todo el Misterio Pascual que tenía

que acontecer después. *“La institución de la Eucaristía en el Cenáculo es un momento decisivo de su formación. Su fundamento y hontanar es todo el Triduo Pascual, que está incluido, anticipado y “concentrado” para siempre en el don eucarístico. En este don eucarístico Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización perenne del Misterio Pascual. Con él instituyó una misteriosa “contemporaneidad” entre aquel Triduo y el transcurrir de los siglos”* (EdE 5a).

La Eucaristía adorada



Se puede hablar, y lo intentaré, de la actitud profunda de adoración en la celebración de la Eucaristía, a lo largo de toda la celebración. La presencia de Cristo Resucitado, mejor dicho, las presencias del Resucitado en la Eucaristía, exigen de toda la comunidad celebrante, el ministro que preside y el pueblo santo de Dios que participa, una actitud de adoración gozosa,

Es una riqueza inmensa la que el Concilio Vaticano II nos descubre: *“Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente a su Iglesia sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta Salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20)”* (SC 7). Son las diferentes presencias de Cristo

Resucitado. Un enriquecimiento teológico del Vaticano II para todo el pueblo de Dios, pero todavía desconocido y poco vivido. Y una fuente de profunda y seria espiritualidad.

Presencia real permanente

Al Papa Pablo VI le tocaron vivir tiempos duros de la etapa de los años del Concilio y posteriores, la contestación amarga y las dudas que se enseñaban sobre la presencia real de Jesús en el Pan y el Vino consagrados. Por eso el Papa escribe la encíclica *Mysterium Fidei*, (MF, publicada 3-IX-1965) en la que recuerda la doctrina de la Iglesia en algunos puntos, particularmente del tema de la transubstanciación eucarística. Dice el Papa: *“Tal presencia se llama “real” no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por antonomasia ya que es substancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro”* (MF 39). Dos años después se publica la instrucción *Eucharisticum Mysterium* (EM, 25-V-1967), que quiere ser una síntesis de la doctrina eucarística que sea completa y orgánica. Recuerda los principales modos de presencia de Cristo en las celebraciones litúrgicas. *“Siempre está presente en la asamblea de los fieles congregados en su nombre (Mt 18, 20). Está presente también en su Palabra, puesto que Él mismo habla cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras. Pero en el sacrificio eucarístico está presente, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. En este sacramento, en efecto, se halla presente substancial y permanentemente de modo singular el Cristo total e íntegro, Dios y hombre. Esta presencia de Cristo bajo las especies “se dice real no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia”* (EM 9).

Adorar, adoración

En esta fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo se nos invita a adorar a Jesús realmente presente en el Pan y el Vino de la Eucaristía. Actitud de adoración que deberíamos tener a lo largo de toda la

celebración de la Misa. Ante el Dios realmente presente la actitud del hombre es la de *“prosternarse ante”, “adorar”, pros-kyneò*. Como Ezequiel: *“Era la apariencia visible de la Gloria del Señor. Al contemplarla, caí rostro en tierra”* (Ez 1,28), o como Saulo ante la luz transformadora de Cristo Resucitado, cae también en tierra (He 9,4). La adoración es la expresión a la vez espontánea y consciente, impuesta y voluntaria, de la reacción compleja del hombre impresionado por la proximidad de Dios. Toma conciencia de su pequeñez y pobreza, de su insignificancia y de su pecado, silencio adorante, veneración agradecida y gozo en todo su ser. Todo el ser queda como invadido, y se traduce hasta en gestos exteriores: arrodillarse, caer de rodillas, prosternarse, adorar. Pero la única adoración que agrada a Dios es la que viene del corazón. Adoración que es experiencia gozosa y profunda de Dios, y esta experiencia es transformadora. Es la actitud de los Magos de oriente: *“Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo”* (Mt 2,2) y *“cayendo de rodillas lo adoraron”* (Mt 2,11). O la del leproso que *“se arrodilló y le dijo...”* (Mt 8,2). O la de los que estaban en la barca: *“se postraron ante Él diciendo: “Realmente eres Hijo de Dios”* (Mt 14,33). Las mujeres, el día de Pascua: *“De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: “Alegraos”. Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante Él”* (Mt 28,9); y más tarde también los once: *“Al verlo, ellos se postraron”* (Mt 28,17). En la Ascensión del Señor: *“Ellos se postraron ante Él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría”* (Lc 24,52).

Asombro y adoración gozosa

El Papa Juan Pablo II habla de *“sentimientos de gran asombro y gratitud”* ante el acontecimiento pascual y la Eucaristía que lo actualiza. *“Este asombro ha de inundar siempre a la Iglesia, reunida en la celebración eucarística. Pero de modo especial, debe acompañar al ministro de la Eucaristía. En efecto, es él quien, gracias a la facultad concedida por el sacramento del Orden sacerdotal, realiza la consagración. Con la potestad que le viene del Cristo del Cenáculo, dice: “Esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros...El sacerdote pronuncia estas palabras o, más bien, pone su boca y su voz a disposición de Aquel que las pronunció*

en el Cenáculo...(EdE 5). Este asombro y esta actitud de adoración gozosa la hemos de tener y experimentar en nuestras celebraciones litúrgicas, anticipo de la Liturgia celestial: “En la Liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios...” (SC 8). Actitud de adoración que será eterna: “Los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono, adoran al que vive por los siglos de los siglos” (Ap 4,10). Adoración de los ángeles: “Y todos los ángeles que estaba de pie alrededor del trono y de los ancianos cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios” (Ap 7,11). Y adoración de todos los pueblos: “Porque vendrán todas las naciones y se postrarán ante ti” (Ap 15,4).

Adoración transformante

Adoración transformante quiere decir que si es verdadera adoración, encuentro con el Señor, nuestra vida se va transformando al contacto con la Bondad, la Ternura, el Perdón, la Misericordia de Dios. Cristo es el Señor “*ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo*” (He 10,38) como Rey-Profeta-Sacerdote, “*Sumo Sacerdote misericordioso y fiel*” (Hbr 2,17). Y “*Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús*” (1Tim 2,5). Y Cristo ofrece al Padre, por el Espíritu Santo, un culto perfecto de adoración, de alabanza, de acción de gracias y de intercesión. Y nosotros como Jesucristo Resucitado, guiados por el Espíritu Santo, adoramos la Trinidad Santa y hacemos de nuestra vida un movimiento continuado y maravilloso: de la adoración a la alabanza, a la acción de gracias y a la súplica e intercesión; y de la súplica e intercesión a la adoración, a la acción de gracias y a la alabanza. A lo largo de toda la celebración de la Eucaristía podemos ir viviendo y experimentando estos momentos gozosos. El orante, consciente de la presencia amorosa y cariñosa del Señor Resucitado, adora y se siente transformado por el Resucitado, como los Apóstoles, las mujeres, Pablo. La experiencia profunda de Dios nos hace amar desde Dios lo que Él ama: a nosotros mismos, a los hermanos, al mundo. Y esa experiencia nos transforma.

Adorar “en Espíritu y en verdad” (Jn 4,24).

La mujer samaritana plantea a Jesús el lugar del verdadero culto, pero a ella le ha sido anticipada la “hora” de Jesús. Ya existe un lugar distinto de Jerusalén y de Garizim, un lugar *en Espíritu y verdad*, adecuado a Dios que es Espíritu. El culto que Dios quiere es el que ha de suscitar e inspirar el Espíritu de Dios; el que debe ser adorado es el Padre; el que hace posible esta adoración es el Espíritu Santo, y la luz en que se practica esta adoración es Cristo, Camino, *Verdad* y Vida (*Jn* 14,6), quien nos revela al Padre y nos transmite el Espíritu Santo. En esta adoración participa toda la persona: *“Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo”* (1*Tes* 5,23). El Cuerpo de Jesucristo Resucitado (*Jn* 2,19) es el único templo agradable al Padre. Y los que hemos “nacido del Espíritu” (*Jn* 3,8) nos asociamos a la adoración del Hijo en el que el Padre se complace (*Mt* 3,17) y podemos asociarnos “al espíritu de su Hijo, que clama: “¡Abba, Padre!” (*Gal* 4,6). Hasta que lleguemos al cielo donde no habrá ya templo: “Y en ella no vi santuario, pues el Señor, Dios todopoderoso, es su santuario, y también el Cordero” (*Ap* 21,22); ni de día ni de noche cesará la adoración: “Día y noche cantan sin pausa... y adoran al que vive por los siglos de los siglos” (*Ap* 4,8.10).

Presencia real del Señor en la asamblea de los fieles

Cuando se habla de la presencia de Cristo en la comunidad de los fieles, el Concilio Vaticano II, relaciona esta presencia con la oración y la alabanza: “*Está presente (Cristo) cuando la Iglesia suplica y canta Salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20)”* (SC 7). La encíclica *Mysterium Fidei* añade una cita de S. Agustín: “*Cristo ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros*”. Presencia real del Señor ligada a la asamblea litúrgica, reunida “en el nombre del Señor”, es decir “con motivo del culto del nombre del Señor”. El pueblo santo de Dios ¿es conciente de que cuando se reúne en comunidad para

orar, el Señor Resucitado y Glorioso está allí realmente presente? La dispersión de nuestros hermanos y hermanas en nuestras celebraciones, la superficialidad en nuestras sacristías antes de cualquier concelebración, o la exageración ruidosa del momento de la paz, son indicios que muestran que nuestra actitud no es la del que adora al Señor realmente presente en la comunidad reunida. Cuando la Constitución litúrgica del Vaticano II habla de la Liturgia de las Horas, dice: “*Cuando los fieles oran juntamente con el sacerdote en la forma establecida, entonces es en verdad la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su Cuerpo, al Padre*” (SC 84). ¿Creemos de verdad cuando rezamos la Liturgia de las Horas que somos la comunidad esposa que habla al Espos, o la voz de Cristo que da gracias al Padre?

Presencia real de Cristo en la Palabra proclamada

“A fin de que la Mesa de la Palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, “largius aperiantur”, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia...” (SC 51). Es la gran reforma del Concilio Vaticano II. Nunca, en toda la historia de la Iglesia, el pueblo de Dios había tenido en sus manos tanta abundancia de Palabra de Dios. “*Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla*” (SC 7). Y en otro lugar dice: “*... En la Liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración*” (SC 33). Y la afirmación de la Constitución sobre la divina revelación: “*La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo...*” (DV 21). Todavía no estamos convencidos de la importancia de la Palabra de Dios. Nuestras palabras o palabrerías, en la práctica son más importantes. Se atreven a suprimir lecturas de la Palabra de Dios, o a poner en su lugar palabra humana. Se va detrás de “novedades”, olvidando que la gran novedad de cada celebración es el descubrimiento de las “*magnalia Dei*”, de las maravillas que la Palabra de Dios nos hace vivir y experimentar. La importancia de la homilía mistagógica, de cada día y de cada domingo. El obispo o el presbítero que preside,

como un hermano entre hermanos, nos toma de la mano y nos va introduciendo en el “Misterio” que celebramos. *“Cor ad cor loquitur”* dice S. Agustín; “el corazón habla al corazón”: me comunico desde mi intimidad, habiendo escuchado el corazón de Dios, y la experiencia de ese amor me lleva a comunicarme con los demás y con Dios mismo.

Presencia real de Cristo en la persona del ministro

Presencia de Cristo en la persona del ministro en la celebración de la Eucaristía y en la celebración de los otros sacramentos: *“Está presente en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”... Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza”* (SC 7). Se trata de la presencia real del Señor en el ministro que actúa *in persona Christi*, en la celebración de la Eucaristía y de los demás sacramentos. Es un camino de profunda y seria espiritualidad para el ministro que preside la comunidad de los hermanos. Los ornamentos, el alba, la estola y la casulla, son signos sencillos a través de los cuales se nos recuerda que quien preside es el Señor. Pero el Señor presente en la persona del que preside, de ahí que ha de tener las actitudes y sentimientos del Señor. Acoger a los hermanos como el Señor los acogería. Orar al Padre como el Señor oraría. Explicar su Palabra como Él lo hacía. Adorar al Señor Resucitado y Glorioso presente en la persona que preside. Ritualismo, dicen algunos. No, profundidad teológica, maravillas que celebramos y podemos vivir y hacer vivir a nuestros hermanos. Actitud gozosa de adoración al Señor resucitado realmente presente en signos tan pobres.

Presencia real de Cristo en los sacramentos

Cristo es el actor principal de los sacramentos, ya que los ha instituido y les ha dado la fuerza de salvación para la santificación de los hombres, y para el culto al Padre ya que actúa en ellos *con su virtud*, con

la fuerza del Espíritu Santo. Los sacramentos son acontecimientos de salvación en los que Dios interviene en la existencia de los hombres, por medio de Jesucristo y en el Espíritu Santo, en la Iglesia. *“Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza”* (SC 7). Estamos preocupados, y con razón, porque muchos hoy no piden los sacramentos por motivos de fe. Y el cansancio de tantos catequistas que con toda ilusión han preparado a los niños o jóvenes, y una vez celebrado el sacramento, termina todo. Creo, que para nuestra vida espiritual y para la vivencia gozosa de lo que estamos celebrando, el que preside y la comunidad cristiana que le acompaña, han de saber prescindir de lo que les rodea y vivir intensamente la presencia real del Señor en aquel momento de la celebración. Cuando digo: *“Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”*, toda la Santa Trinidad se hace presente. O cuando el obispo o el presbítero que confirman, extendiendo las manos en actitud epiclética y signa con el óleo santo, *“ipsum Spiritum Sanctum accipiunt”*, “reciben el mismo Espíritu Santo”, dice el Papa Pablo VI en la Constitución apostólica sobre el sacramento de la Confirmación. Actitud de profunda adoración ante la presencia real de toda la Trinidad, el Padre que envía el Espíritu Santo con el que resucitó a su Hijo, como respuesta a la oración de la Iglesia. Y así de sacramento en sacramento, descubriendo las *“magnalia Dei”*, las grandezas del Señor, que celebramos y que nosotros humilde y gozosamente adoramos.

Presencia real de Cristo en la Eucaristía

La Constitución conciliar sobre la Liturgia afirma la presencia de Cristo *“en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, sea bajo las especies eucarísticas”* (SC 7). La encíclica *Mysterium Fidei* califica la presencia de *“modo más sublime”*, *“presencia real por antonomasia”* al tratarse de una presencia *substantial*. La presencia eucarística no excluye los otros modos de presencia, es inseparable de ellos. Cada modo de presencia del Señor guarda conexión con los demás, aunque cada uno tiene su propia peculiaridad. La presencia

eucarística, representa el modo más eminente y es la cumbre de todas las demás, ya que en la Eucaristía *“se hace presente Cristo, Dios y hombre, todo e íntegro”*. Presencia en el ministro, obispo o presbítero, ya que son causa de la presencia del Cuerpo y Sangre de Cristo, por la fuerza del Espíritu Santo que el Padre envía. El sacerdote une su propia ofrenda a la ofrenda sacerdotal de Cristo. Y en ese momento el sacerdote hace posible la ofrenda de la Iglesia y la ofrenda de todos los fieles que participan del sacrificio de Cristo ofrecido por el ministerio del sacerdote (PO 5; LG 11). Presencia *permanente*, mientras subsistan las especies sacramentales. La Plegaria eucarística es *“la más importante de las oraciones presidenciales”* (OGMR 30). Actitud de adorante gratitud en la acción de gracias del Prefacio en el que se glorifica al Padre y se le da gracias por la obra de la salvación del

Hijo. Toda la asamblea, en nombre de la creación, uniéndose a los santos del cielo, alaba al Padre y *“al Cordero degollado...”* (Ap 5,12), y canta gozosa el canto que dura siempre y no acabará jamás (Ap 4,8). Y hacemos memoria adorante, *“anámnesis”*, de todas las maravillas de Dios desde la creación a la muerte y resurrección del Señor, hasta que vuelva al final de los tiempos. La oración de la Iglesia es escuchada por el Padre, que en la *“epiclesis”* envía su Espíritu Santo y transforma el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de su Hijo querido. Actitud aún externa de adoración profunda.

Y llega el momento culminante de nuestro sacerdocio bautismal y de nuestra confirmación. Nosotros ofrecemos y nos ofrecemos: *“Te ofrecemos, Padre, el Pan de vida y el Cáliz de salvación”* (Ple. Eu. IIª). El verdadero ofertorio de la Misa. Nuestra actitud de adoración y ofrenda como la de María, la Madre de Jesús, en el Calvario. Y la doxología final: la glorificación del Padre es el término de toda la obra de Cristo y de la Iglesia. *“Por Cristo, con El y en El, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén”*. Adoración gozosa, jubilosa.

Celebrar la Eucaristía

Va entrando en el lenguaje corriente de nuestras comunidades cristianas la expresión “celebrar la Eucaristía”, participar en la “celebración de la Eucaristía”, ha sido una Eucaristía “bien celebrada”. Celebrar es algo vital, dinámico, activo, comunitario, festivo.

Toda celebración cristiana es celebración de Jesucristo Resucitado y Glorioso. No podemos celebrar nada más. En la Eucaristía, en los Sacramentos, en la Liturgia de las Horas, en las Exequias, en celebraciones de la Palabra. Siempre es el Señor Resucitado que nos habla, que se hace presente, que actúa, que nos salva. Y esta presencia del Señor Resucitado habla y actúa en y a la comunidad reunida, pero también a cada uno personalmente. Es el Señor que habla y actúa, *aquí, hoy, para nosotros*. En cada celebración en la que participo me puedo preguntar: ¿qué me dice el Señor ahora, en este momento que paso, aquí en este lugar donde vivo o trabajo? Siempre la Palabra de Dios proclamada o el Sacramento celebrado me aplica la salvación del Señor para este momento concreto de mi vida. Pero también lo podríamos preguntar en plural, para nuestra comunidad concreta: ¿qué nos dice el Señor hoy a nuestra comunidad, en estas circunstancias concretas que estamos viviendo? Toda celebración es “memorial”, que “actualiza” hace presente para nosotros lo que la Palabra de Dios nos dice o lo que celebramos en el Sacramento. El *Catecismo de la Iglesia Católica* (CEC) en la 2ª parte habla de la “Celebración del misterio cristiano”, y se pregunta “¿Quién celebra? ¿Cómo celebrar? ¿Cuándo celebrar? ¿Dónde celebrar?

¿Quién celebra?

Con la Carta apostólica *Porta fidei*, del 11 de octubre de 2011, el Papa Benedicto XVI ha proclamado un Año de la fe, que comenzará el 11 de octubre de 2012, en el 50 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y concluirá el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo. La expresión inicial “*Porta fidei*” – la puerta de la fe–, está tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles: “*Pablo y Bernabé, después de predicar el Evangelio en la ciudad de Derbe y de ganar bastantes discípulos volvieron a Antioquia...Al llegar, reunieron a la Iglesia, les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe*” (He 14,21.27). El Papa nos invita a estudiar y profundizar en los documentos principales del Concilio y en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CEC).

Intento ser fiel a estos deseos del Papa. “¿Quién celebra?” y el *Catecismo* responde que la Liturgia es “acción” del “Cristo total” – *Christus totus* (CEC 1136). Quienes participamos en esta “acción”, en esta celebración, participamos ya de la Liturgia del cielo, allí donde la celebración es enteramente Comunión y Fiesta. “*Vi un trono puesto en el cielo, y sobre el trono uno sentado...Día y noche cantan sin pausa: “Santo, Santo es el Señor Dios, el todopoderoso; el que era, es y ha de venir” (Ap 4,2.8). Es el Señor Dios: “el Cordero, como degollado”. “Yatenemos un Sumo Sacerdote que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios” (Hb 4,14). Y de ahí brota un río de Vida: “Y me mostró un río de agua de vida, que brotaba del trono de Dios y del Cordero” (Ap 22,1). Nos lo recuerda también la Constitución de Liturgia del Vaticano II: “En la Liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios” (SC8).*

¿Quiénes participan en la celebración de la Liturgia celestial?

El Señor Resucitado y Glorioso: “*Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza*” (Ap 5,12). Las Potencias celestiales participan en el servicio de la alabanza de Dios y en la realización de su designio: “*Miré y escuché la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los vivientes y de los ancianos, y eran miles de miles, miríadas de miríadas...(Ap 4-5). “Junto a Él estaban los serafines..., y se gritaban uno a otro diciendo: “¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria! (Is 6,2-3). Participa también toda la creación, los cuatro Vivientes, los servidores de la Antigua y Nueva Alianza, los veinticuatro ancianos, el nuevo Pueblo de Dios, los ciento cuarenta y cuatro mil: “No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles...Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro de todas las tribus de Israel” (Ap 7,1-8). “Miré y he aquí que el Cordero estaba de pie sobre el monte Sión, y con Él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban grabados en la frente su nombre y el nombre de su Padre” (Ap 14,1). Y los mártires, “degollados por causa de*

la Palabra de Dios y del testimonio que mantenían” (Ap 6,9). La Santa Madre de Dios: “Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza...” (Ap 12,21). Y la Iglesia, la esposa del Cordero: “Mira, te mostraré la novia, la esposa del Cordero” (Ap 21,9). Y el triunfo de la muchedumbre incontable y universal de los mártires-testigos cristianos en el cielo, de pie como el Cordero, en señal de victoria, vestidos con túnicas blancas, porque participan ya de la resurrección de Cristo: “Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos” (Ap 7,9). Esta es la Liturgia celestial en la que participamos en nuestras celebraciones litúrgicas.

Los celebrantes de la Liturgia de los Sacramentos

Nos hemos preguntado quienes participan con nosotros cuando celebramos la Eucaristía u otros Sacramentos. Y hemos contemplado las “magnalia Dei”, las maravillas de Dios. Participamos de la Liturgia celestial cuando participamos en la Liturgia que celebramos en la tierra. Es motivo de recogimiento, de alabanza, de adoración gozosa. Y aquí, ¿quiénes somos celebrantes de la Liturgia? Es toda la *comunidad, el Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza* quien celebra (CEC 1140): *“Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es “sacramento de unidad”, es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los Obispos. Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiestan y lo implican; pero cada uno de los miembros de este Cuerpo recibe un influjo diverso según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual”* (SC 26). Si es toda la comunidad reunida la que celebra, es conveniente descubrir y vivir el sentido comunitario de toda celebración: *“Siempre que los ritos, cada cual según su naturaleza propia, admitan una celebración comunitaria, con asistencia y participación activa de los fieles, incúlquese que hay que preferirla, en cuanto sea posible, a una celebración individual o casi privada. Esto vale sobre todo para la celebración de la Misa, quedando*

siempre a salvo la naturaleza pública y social de toda Misa, y para la administración de los Sacramentos” (SC 27). La asamblea que celebra es la comunidad de los bautizados: “Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales” (LG 10).

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico

Toda la comunidad reunida es la que celebra, somos un pueblo sacerdotal. El “sacerdocio común” de los fieles y el sacerdocio ministerial tienen una misma fuente: Cristo, único sacerdote (CEC 1141): *“El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo” (LG 10).* De ahí la responsabilidad de todos los fieles de ejercer ese sacerdocio común en cada celebración participando intensamente: *“La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la Liturgia misma, y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del Bautismo, el pueblo cristiano, “linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido” (1Pe 2,9)” (SC 14).* San Pablo escribe: *“Pues, así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros cumplen la misma función” (Rom 12, 4).* Algunos son llamados por Dios en y por la Iglesia a un servicio especial de la comunidad. Estos servidores son escogidos y consagrados por el sacramento del Orden, por el cual el Espíritu Santo los hace aptos para actuar en representación de Cristo-Cabeza para el servicio de todos los miembros de la Iglesia: *“El ministerio de los presbíteros, por estar unido con el Orden episcopal, participa de la autoridad con que Cristo mismo edifica, santifica y gobierna su cuerpo...Se confiere por aquel especial Sacramento con el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran con Cristo Sacerdote, de*

suerte que puedan obrar como en persona de Cristo cabeza” (PO 2). El ministro ordenado es como el “icono” de Cristo Sacerdote. Por ser en la Eucaristía donde se manifiesta plenamente el sacramento de la Iglesia, es también en la presidencia de la Eucaristía donde el ministerio del obispo aparece en primer lugar, y en comunión con él, el de los presbíteros y los diáconos (CEC 1142).

La alegría del ministerio

Es el Señor quien nos llama a servir a nuestros hermanos en el ministerio sacerdotal. Una llamada para hacer presente en nuestras comunidades cristianas a Cristo Cabeza y Pastor de su pueblo. El Beato Juan Pablo II escribía a los sacerdotes: *“Con ánimo agradecido y lleno de admiración nos dirigimos a vosotros, que sois nuestro primeros cooperadores en el servicio apostólico... Vosotros lleváis el peso del ministerio sacerdotal y mantenéis el contacto diario con los fieles. Vosotros sois los ministros de la Eucaristía, los dispensadores de la misericordia divina en el Sacramento de la Penitencia, los consoladores de las almas, los guías de todos los fieles en las tempestuosas dificultades de la vida. Os saludamos con todo el corazón, os expresamos nuestra gratitud y os exhortamos a perseverar en este camino con ánimo alegre y decidido. No cedáis al desaliento. Nuestra obra no es nuestra, sino de Dios” (Pastores dabo vobis, 4).* De ahí la importancia de la Eucaristía en la vida del presbítero, celebración gozosa para él personalmente. *“Hemos nacido de la Eucaristía. Lo que decimos de toda la Iglesia, es decir, que “de Eucaristía vivit” (que vive de la Eucaristía), como he querido recordar en la reciente Encíclica, podemos afirmarlo también del sacerdocio ministerial: éste tiene su origen, vive, actúa y da frutos “de Eucaristía”. No hay Eucaristía sin sacerdocio, como no existe sacerdocio sin Eucaristía” (Bto. Juan Pablo II, “Don y misterio”, Madrid, 1996, 95).* En la celebración de la Eucaristía el presbítero se comunica en plenitud: reza como Jesús hablaba al Padre, escucha y proclama la Palabra de Dios, como Jesús lo haría; acoge a los hermanos como Jesús los acogía; les habla como Jesús les hablaría. Por eso nos dice el Papa: *“El ministerio ordenado, que nunca puede reducirse al aspecto funcional, pues afecta al ámbito del “ser”, faculta*

al presbítero para actuar “in persona Christi” y culmina en el momento en que consagra el pan y el vino, repitiendo los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena. Ante esta realidad extraordinaria permanecemos atónitos y aturcidos: ¡con cuánta condescendencia humilde ha querido Dios unirse al hombre! Si estamos conmovidos ante el pesebre contemplando la encarnación del Verbo, ¿qué podemos sentir ante el altar, donde Cristo hace presente en el tiempo su Sacrificio mediante las pobres manos del sacerdote? No queda sino arrodillarse y adorar en silencio este gran misterio de fe” (Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes. Jueves Santo de 2004). Demos gracias a Dios por este ministerio-servicio fundamental para la Eucaristía y la Iglesia.

Ministerios ordenados y ministerios instituidos

En orden a ejercer las funciones del sacerdocio común de los fieles existen otros *ministerios particulares*, no consagrados por el sacramento del Orden, y cuyas funciones son determinadas por los obispos según las tradiciones litúrgicas y las necesidades pastorales. *“Los acólitos, lectores, comentadores y cuantos pertenecen a la “schola cantorum” desempeñan un auténtico ministerio litúrgico”* (SC 29). “Ministerio”, del latín *ministerium*, servicio, y *minister*, servidor. Cristo Jesús aparece como el “ministro” que *“no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos”* (Mt 20,28). Hay ministerios *ordenados*: el diaconado, el presbiterado y el episcopado, por el sacramento del Orden se configuran a Cristo Pastor y Maestro. Y en la celebración litúrgica su ministerio es el de presidir en el nombre del Señor. Hay otros ministerios *instituidos*, el del lector y el del acólito, para ayudar a la comunidad cristiana al servicio de la Palabra (lector) y al servicio de los sacramentos, de la Eucaristía (acólito). Son ministerios propios de laicos que reciben el encargo oficial desde su identidad laical. Pero las Conferencias Episcopales pueden instituir otros ministerios: catequistas, salmistas, ministros extraordinarios de la Comunión, sacristanes. Los más numerosos son los que los laicos ejercen, de hecho, en la Liturgia: proclamación de las lecturas, animación del canto, servicio en torno al altar, catequesis,

visita enfermos, etc. Podemos decir que en la celebración de los sacramentos, de la Eucaristía, toda la asamblea es “liturgo”, cada cual según su función, pero en la “unidad del Espíritu” que actúa en todos (CEC 1144). Hemos de tener en cuenta esta recomendación conciliar: *“En las celebraciones litúrgicas, cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas”* (SC 28).

¿Cómo celebrar? Signos y símbolos

Una celebración de los sacramentos, de la Eucaristía, está llena de signos y símbolos. La pedagogía del Dios que nos salva tiene en cuenta la obra de la creación y de la cultura humana, como vemos en los acontecimientos de la Antigua Alianza y en la obra y persona de Jesús. El hombre, siendo un ser corporal y espiritual, expresa y percibe las realidades espirituales a través de signos y símbolos materiales. Y se comunica con los demás, mediante el lenguaje, gestos y acciones. Lo mismo sucede en su relación con Dios. Dios habla al hombre a través de la creación visible. El cosmos material se presenta a la inteligencia del hombre para que vea en él a su creador (CEC 1147): *“Son necios por naturaleza todos los hombres que han ignorado a Dios y no han sido capaces de conocer al que es a partir de los bienes visibles, ni de reconocer al artífice fijándose en sus obras”* (Sb 13,1). *“Pues lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras; de modo que son inexcusables”* (Rom 1,20). La luz y la noche, el viento y el fuego, el agua y la tierra, el árbol y los frutos nos hablan de Dios, y simbolizan su grandeza y su proximidad. Y también nosotros podemos ver en estas realidades al Dios que nos santifica y nosotros la damos culto, le bendecimos y alabamos. Lo mismo podemos decir de los signos de nuestra vida social: lavar y ungir, partir el pan y compartir la copa pueden expresar la presencia gozosa del Señor que nos perdona, que nos penetra con su Espíritu, que nos regala su

Cuerpo glorioso. También en las grandes religiones de la humanidad encontramos este sentido cósmico y simbólico de los ritos religiosos. La Liturgia de la Iglesia integra y santifica elementos de la creación y de la cultura humana y los hace signos de la gracia de la nueva creación en Jesucristo (CEC 1149).

“Este es el Sacramento de nuestra Fe”

Estamos en las vigiliass del día 11 del 2012, comienzo del Año de la Fe. Con la Carta apostólica *Porta fidei*, del 11 de octubre de 2011, el Papa Benedicto XVI ha proclamado un Año de la Fe, que comenzará el 11 de octubre de 2012, en el 50 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y concluirá el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo. La expresión inicial “*Porta fidei*” – la puerta de la fe-, está tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles: “*Pablo y Bernabé, después de predicar el Evangelio en la ciudad de Derbe y de ganar bastantes discípulos volvieron a Antioquia... Al llegar, reunieron a la Iglesia, les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe*” (He 14,21.27). El Papa nos invita a estudiar y profundizar en los documentos principales del Concilio y en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CEC). Intento ser fiel a estos deseos del Papa. El Año de la Fe será una buena ocasión para profundizar y vivir la Eucaristía. La invitación del celebrante a toda la comunidad reunida después de la consagración del Pan y del Vino, nos muestra el misterio fundamental de nuestra fe: la Pascua del Señor, su pasión y muerte, su resurrección gloriosa y su venida definitiva: “*Este es el Sacramento de nuestra fe*”. Y la comunidad responde: “*Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!*”. Sí, el Sacramento de nuestra Fe es Cristo Resucitado entregado como Cuerpo para nosotros, “*esperanza de la gloria*”. A lo largo de todo este Año de la Fe explicaré paso a paso todos los momentos de la celebración de la Eucaristía siguiendo lo que nos dice la Ordenación General del Misal Romano (tercera edición) (OGMR).

La Misa, acción de Cristo y de todo el pueblo de Dios

Todo procede de la Fuente, que es la santa Trinidad. El Padre que por medio del Espíritu Santo nos envía a su Hijo. El Padre nos convoca y nos reúne, por la fuerza de su Espíritu Santo. Y estamos convocados por el Padre con el Espíritu para escuchar la Palabra que se hace Pan: *“En la Misa o Cena del Señor el pueblo de Dios es congregado, bajo la presidencia del sacerdote, que actúa en la persona de Cristo, para celebrar el memorial del Señor o sacrificio eucarístico. De ahí que sea eminentemente válida, cuando se habla de la asamblea local de la santa Iglesia, aquella promesa de Cristo: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Pues en la celebración de la Misa, en la cual se perpetúa el sacrificio de la Cruz, Cristo está realmente presente en la misma asamblea congregada en su nombre, en la persona del ministro, en su Palabra y ciertamente de una manera sustancial y permanente en las especies eucarísticas”* (OGMR 27). El sacerdote actúa *“en la persona de Cristo”*: importancia para su vida espiritual, que se prepare antes de la celebración, porque es Jesús que se hace presente por medio de su persona. Mejor dicho, desaparece la persona del sacerdote para transformarse en Jesús que acoge, que habla, que da su Palabra, que reza al Padre, que nos da a comer su Palabra y su Cuerpo glorioso. Presencia real de Jesús *“en la misma asamblea congregada en su nombre”*. Importancia del signo de asamblea que exige conversión y decisión por parte de los que participan en estar más juntos. *“En su Palabra”*: Jesús realmente presente en la Palabra proclamada. Necesidad de buenos lectores, que se preparen, que conozcan y profundicen en la Palabra de Dios. Y por parte del celebrante que explique vitalmente la Palabra de Dios proclamada. Como un hermano que toma de la mano a sus hermanos y los va introduciendo en el Misterio que se celebra (mistagogia). Y la actitud de profunda adoración a lo largo de toda la celebración, pero especialmente en la consagración y comunión: *“y ciertamente de una manera sustancial y permanente en las especies eucarísticas”*.

Acción de Cristo, cabeza de la Iglesia y Ministro principal

Cuesta entender en la práctica que cuando preparamos la celebración de la Eucaristía el más importante es Jesús. Es el Ministro principal. Los cantos, los lectores, la ornamentación del lugar de la celebración, toda la celebración tiene que ir impregnada de esa presencia real del Señor que nos preside, nos habla y actualiza para nosotros su pasión-muerte-resurrección gloriosa. Por eso la Eucaristía es algo más que un asunto de derecho o rúbricas: *“La celebración de la Misa, como acción de Cristo y del pueblo de Dios ordenado jerárquicamente, es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, universal y local, y para todos los fieles individualmente, ya que en ella se culmina la acción con que Dios santifica al mundo en Cristo, y el culto que los hombres tributan al Padre, adorándole por medio de Cristo, Hijo de Dios, en el Espíritu Santo. Además, de tal modo se recuerdan en ella los misterios de la Redención a lo largo del año, que, en cierto modo, se nos hacen presentes. Todas las demás acciones sagradas y cualesquiera obras de la vida cristiana se relacionan con ella, proceden de ella y a ella se ordenan”* (OGMR 16). Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, está presente y actúa en toda acción litúrgica. Y cada uno de nosotros según los distintos ministerios y carismas. La Eucaristía de cada día y de cada domingo *“es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, universal y local, y para todos los fieles individualmente”*. De ahí la centralidad de la Misa en la vida cristiana y sacerdotal. La Eucaristía es la actualización del misterio salvador de la Pascua de Cristo y en ella culmina la obra descendente de Dios: *“en ella se culmina la acción con que Dios santifica al mundo en Cristo”*; y el culto ascendente del hombre: *“y el culto que los hombres tributan al Padre, adorándole por medio de Cristo, Hijo de Dios, en el Espíritu Santo”*. Lo que celebramos no son recuerdos de algo que pasó, sino realidades que se hacen presentes para nosotros, en esta celebración: *“de tal modo se recuerdan en ella los misterios de la Redención a lo largo del año, que, en cierto modo, se nos hacen presentes”*.

Nosotros sacerdotes

Jesucristo es el único Sacerdote, pero nosotros por el Bautismo y la Confirmación, hemos recibido el Espíritu Santo que nos hace sacerdotes-profetas-reyes. De ahí que los bautizados-confirmados, tenemos derecho y deber de participar en la Eucaristía, según los distintos ministerios: *“Es, por tanto, de sumo interés que de tal modo se ordene la celebración de la Misa o Cena del Señor que ministros sagrados y fieles, participando cada uno según su condición, reciban de ella con más plenitud los frutos para cuya consecución instituyó Cristo nuestro Señor el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre”* (OGMR 17). Los que somos responsables de preparar y celebrar la Eucaristía hemos de tener presente: *“que toda la celebración se dispone de modo que favorezca la consciente, activa y plena participación de los fieles, es decir, esa participación de cuerpo y alma, ferviente de fe, esperanza y caridad, que es la que la Iglesia desea, la que reclama su misma naturaleza y a la que tiene derecho y deber, el pueblo cristiano, por fuerza del Bautismo”* (OGMR 18). Derecho y deber, participación de cuerpo y alma, ferviente de fe, esperanza y caridad. El que preside no es el que lo hace todo o hace y deshace a su antojo. Derecho y deber de cada bautizado de participar en la Eucaristía de la Iglesia: *“Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia..., por eso pertenecen a todo el Cuerpo de la Iglesia, lo manifiestan y lo implican; pero cada uno de los miembros de este Cuerpo recibe un influjo diverso según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual”* (SC 26). Un trabajo a realizar por parte de los responsables de la celebración es la formación litúrgica de los que participan: *“En las celebraciones litúrgicas, cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas”* (SC 28)

Signo de la Iglesia universal

Con la participación activa de todo el pueblo de Dios, la Eucaristía es una especial manifestación de la Iglesia universal. Nos lo recuerda el Concilio: *“Como no le es posible al Obispo, siempre y en*

todas partes, presidir personalmente en su iglesia a toda la grey, debe por necesidad erigir diversas comunidades de fieles. Entre ellas sobresalen las parroquias, distribuidas localmente bajo un pastor que hace las veces del Obispo, ya que de alguna manera representan a la Iglesia visible establecida por todo el orbe” (SC 42). El Beato Juan Pablo II, escribió una Carta Apostólica sobre la santificación del Domingo *“Dies Domini”*. Dice el Papa: *“Como he tenido oportunidad de recordar en otra ocasión, entre las numerosas actividades que desarrolla una parroquia “ninguna es tan vital o formativa para la comunidad como la celebración dominical del Día del Señor y su Eucaristía”*. Recuerda SC 42: *“Hay que trabajar para que florezca el sentido de comunidad parroquial, sobre todo en la celebración común de la Misa dominical”*. La asamblea dominical es el lugar privilegiado de la unidad, en ella se celebra el *sacramentum unitatis*: la Iglesia pueblo reunido *“por”* y *“en”* la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Las familias cristianas viven una de las manifestaciones de su identidad y de su *“ministerio”* de *“iglesias domésticas”*. En las Misas dominicales de la parroquia, como *“comunidad eucarística”*, es normal que se encuentren los grupos, movimientos, asociaciones y las pequeñas comunidades religiosas (*Dies Domini* 35-36). Es importante subrayar lo que dice el Papa que *“entre las numerosas actividades que desarrolla una parroquia “ninguna es tan vital o formativa para la comunidad como la celebración dominical del Día del Señor y su Eucaristía”*. A la celebración de la Eucaristía del Domingo viene un grupo numeroso de personas que a otras actividades formativas, de reuniones, catequesis..., no va. De ahí la importancia de preparar y celebrar bien la Eucaristía. Se alimentan del Pan de la Palabra y de la Eucaristía; rezan a lo largo de la celebración y se encuentran como comunidad. En la formación permanente de los sacerdotes debería ser tema fundamental.

Participación

La participación en la celebración de la Eucaristía no es una moda, es exigencia de nuestra participación en el sacerdocio de Cristo. Y se manifiesta en la participación consciente, plena y activa. *“La santa*

madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la Liturgia misma, y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano, linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido (1 Pe 2,9). Al reformar y fomentar la sagrada Liturgia hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo, porque es fuente primaria y necesaria en la que han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano, y, por lo mismo, los pastores de almas deben aspirar a ella con diligencia en toda su actuación pastoral por medio de una educación adecuada. Y como no se puede esperar que esto ocurra si antes los mismos pastores de almas no se impregnan totalmente del espíritu y de la fuerza de la Liturgia y llegan a ser maestros de la misma, es indispensable que se provea, antes que nada, a la educación litúrgica del clero” (SC 14). Participación “plena, consciente y activa” del celebrante y de toda la comunidad que participa. Tenemos “derecho” y “deber” de participar. Porque “es fuente primaria y necesaria en la que han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano”. Estamos en el Año de la Fe. El Concilio hace ya 50 años que lo dijo, pero se ha olvidado o no se ha tenido en cuenta en la formación permanente del clero: “Y como no se puede esperar que esto ocurra si antes los mismos pastores de almas no se impregnan totalmente del espíritu y de la fuerza de la Liturgia y llegan a ser maestros de la misma, es indispensable que se provea, antes que nada, a la educación litúrgica del clero”

Formación permanente. No como espectadores

A muchos pastores nos ha faltado la “*diligencia y paciencia*” en nuestra propia formación y la de nuestros hermanos. La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II ha sido muy profunda, intensa y extensa. Y en ocasiones se ha aplicado con mucha rapidez y superficialidad. De ahí la importancia de este Año de la Fe para intentar descubrir y vivir lo que creemos en lo que celebramos. “Lex orandi, lex credendi”: lo que oramos, lo creemos. “*Los pastores de almas fomenten con diligencia*

y paciencia la educación litúrgica y la participación activa de los fieles, interna y externa, conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa, cumpliendo así una de las funciones principales del fiel dispensador de los misterios de Dios, y en este punto guíen a su rebaño no sólo de palabra, sino también con el ejemplo” (SC 19). Cada pastor ha de conocer bien a sus hermanos y con una delicadeza inmensa, fomentar con “diligencia y paciencia” la formación sobre las “*Magnalia Dei*”, “*Maravillas de Dios*” que celebramos, y hacerlo “*conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa*”. Y hay una recomendación para nosotros los que presidimos la celebración: “*y en este punto guíen a su rebaño no sólo de palabra, sino también con el ejemplo*”. Predicar con el ejemplo. Motivo de conversión para este Año de la Fe. Y otra recomendación conciliar para los que somos pastores en nuestras comunidades: “*La Iglesia con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada*” (SC 48). Ahí tenemos un gran trabajo que hemos de intentar realizar con ilusión.

La Eucaristía en la vida de los santos y los mártires

En este Domingo último del Año Litúrgico, contemplando a Jesucristo Rey del universo, transcribo dos experiencias de lo que es la Misa para un santo canonizado y para un obispo, encarcelado y perseguido durante unos años. San Pedro Poveda, sacerdote diocesano, escribía: “*Señor, que cada día celebre mejor el Santo Sacrificio; hace 36 años que recibí la ordenación de presbítero, ¿cuántos más viviré? Solo Dios lo sabe. A Él pido la gracia de no dejar de celebrar con fervor ni un solo día la santa Misa*”. Y el cardenal Nguyen van Thuan contó, dando Ejercicios Espirituales al Papa y a la curia Romana, lo siguiente: “*Cuando en 1975 me metieron en la cárcel, se abrió camino dentro de mí una pregunta angustiosa: “¿podré seguir celebrando la Eucaristía? En el momento en que vino a faltar todo, la Eucaristía estuvo en la cumbre de mis pensamientos: el Pan de vida. “Si uno come de este Pan, vivirá para siempre;*



Beato Francisco Castelló
www.beatofranciscocastelló.co
m

y el Pan que yo le voy a dar es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51). Cuántas veces recordé la frase de los mártires de Abitane (s.IV), que decían: “No podemos vivir sin la celebración de la Eucaristía”. Nunca podré expresar mi gran alegría: diariamente, con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano celebré la Misa. ¡Este era mi altar y ésta era mi catedral! Era la verdadera medicina del alma y del cuerpo: “medicina” de inmortalidad, remedio para no morir, sino para vivir siempre en Jesucristo, como dice S. Ignacio de Antioquia”. (F.X. Nguyen van Thuan, “Testigos de

la Esperanza”, Ciudad Nueva Madrid 2000, p.144-145). Testimonios vivos de que la Eucaristía era para estos hermanos vida de su vida.

Mn. Gerardo Soler
FIESTA DE JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO.
Parroquia de Santa María de Gardeny (Lleida)

Índice

Introducción	5
Cuaresma, camino de conversión a la luz de la Palabra de Dios	9
Cuaresma, ciclo A.....	9
Ayuno y abstinencia	10
El Sacramento de la Misericordia del Padre o confesión	10
Domingo de Ramos en la Pasión del Señor	11
Triduo Pascual	12
La Vigilia Pascual, madre de todas las vigiliass (S.Agustín), modelo de toda celebración litúrgica	12
María, la Madre de Jesús Resucitado, también resucitada y gloriosa.....	13
María, la Madre de Jesús Resucitado, celebrada en la Liturgia.....	14
María, ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra al Señor (1).....	14
María, ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra al Señor (2).....	15
María, ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra al Señor. (3).....	15
La Ascensión del Señor (A).....	16
Domingo de Pentecostés (A)	17
La Santísima Trinidad.....	18
El Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo	18
“No podemos vivir sin celebrar el Día del Señor”	19
El Día del Señor Resucitado	20
Domingo, Día del Señor Resucitado	20
El Domingo “Día del Don del Espíritu”	21
El Domingo “Día de la Iglesia” y el precepto dominical.....	22
Espiritualidad del Año Litúrgico	22
La Resurrección del Señor centro	23
Nosotros bautizados y confirmados	24
Celebración de Jesucristo Resucitado en los Sacramentos de la Iglesia	24

El Sacramento de la Unción de los Enfermos,	
celebración de Jesucristo Resucitado	25
Celebramos a Jesucristo Resucitado en el Sacramento del Orden . 25 El	
Sacramento del Matrimonio signo de la unión indisoluble	
de Cristo Resucitado, el Esposo, y la Iglesia esposa	26
La Liturgia de las Horas, celebración de Jesucristo Resucitado	27
La Liturgia de las Horas, oración comunitaria	27
Vivimos en un tiempo santo	28
El año litúrgico hebreo.....	29
El Año litúrgico cristiano	30
Adviento: El que vendrá y vino, viene ahora-aquí-para	
nosotros.....	30
El Adviento debe ser considerado como un tiempo particular- mente	
apto, para el culto a la Madre del Señor (Pablo VI).....	31
El Adviento nos ayuda a vivir	32
NAVIDAD	32
NAVIDAD. Desposorios de Dios con el hombre	33
Santa María Madre de Dios	34
Fiesta del Bautismo del Señor (B).....	35
Tiempo “durante el año”	35
Teología y espiritualidad del tiempo “durante el año”	36
Presentación del Señor	37
Los Sacramentos de la Iniciación cristiana	37
Bautismo-Confirmación-Eucaristía	38
Ritual de la Iniciación Cristiana de los adultos (RICA).....	39
Cuaresma, camino hacia la Pascua, tiempo de renovación	
personal y sacramental.....	40
Tiempo de la mistagogia.	41
Celebración de los Sacramentos de la Iniciación	
(Bautismo-Confirmación-Eucaristía).....	41
La Iglesia vive de la Eucaristía	42
La Eucaristía fuente y culminación de toda la predicación evangélica ...	43
La Eucaristía es el sacramento por excelencia	
del Misterio Pascual.....	44
La Eucaristía adorada.....	45

Gerardo Soler Quintillá

Presencia real permanente.....	46
--------------------------------	----

Adorar, adoración	46
Asombro y adoración gozosa.....	47
Adoración transformante	48
Adorar “en Espíritu y en verdad” (Jn 4,24).	49
Presencia real del Señor en la asamblea de los fieles	49
Presencia real de Cristo en la Palabra proclamada	50
Presencia real de Cristo en la persona del ministro	51
Presencia real de Cristo en los sacramentos	51
Presencia real de Cristo en la Eucaristía	52
Celebrar la Eucaristía	53
¿Quién celebra?.....	54
¿Quiénes participan en la celebración de la Liturgia celestial?	55
Los celebrantes de la Liturgia de los Sacramentos	56
El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico	57
La alegría del ministerio.....	58
Ministerios ordenados y ministerios instituidos	59
¿Cómo celebrar? Signos y símbolos	60
“Este es el Sacramento de nuestra fe”	61
La Misa, acción de Cristo y de todo el pueblo de Dios	62
Acción de Cristo, cabeza de la Iglesia y Ministro principal	63
Nosotros sacerdotes	64
Signo de la Iglesia universal	64
Participación	65
Formación permanente. No como espectadores	66
La Eucaristía en la vida de los santos y los mártires	67

Esta publicación “Liturgia Viva”,
ha sido impresa en los talleres de la “Impremta
Miró” de Lleida, el día 30 de noviembre de 2012,
fiesta de San Andrés apóstol, en los inicios del
Año de la Fe proclamado por el Papa
Benedicto XVI



Año de la Fe